

LA BESTIA INFORME

LAW SPACE


ESPACIO
El mundo FUTURO
CHA' BRIL
LA BESTIA INFORME
LAW SPACE

LA BESTIA

INFORME

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

32. Retorno al paraíso. —Louis G. Milk

33. Desgravitación. —S. S. Kent

34. Los Iito-venusianos. —H. S. Thels

35. El viajero de Saturno. —Austin Tower

36. Una lápida en la Luna. —Ciark Currados

37. El planeta desconocido.—Peter Barton

38. No hay marcianos. —Clark Carrados

39. Macro-humanos de Júpiter. —Law Space

40. ¡Llegan los marcianos! —H. S. Thels

41. Flecha al cénit. —S. S. Kent

42. La astronave fantasma. —Law Space

43. Guerra de universos. —H. S. Thels

44. Peste de plata. —Clark Carrados

45. Nosotros, los marcianos. —Law Space

46. Volver a empezar. —H. S. Thels

47. ¡No salgamos al espacio! —Law Space

48. Las blancas nubes de Venus. —Clark Carrados

49. La tiranía de los robots. —Law Space

50. Intriga en el cosmos. —Red Arthur

51. Ha nacido un satélite. —Clark Carrados

52. Bajo la capa mortal.—S. S. Kent

53. El pueblo oculto de Kon-Tiki. —E. Texeira

54. La palanca del tiempo. —Law Space

55. Las estrellas nos atacan. —Clark Carrados

56. Los esclavos de Silón. —Red Arthur

57. Materia negativa. —H. S. Thels

58. La pesadilla de los hipogeos. —Law Space

59. ¡Se acaba la elíptica! —H. S. Thels

60. Una princesa de Sirio. —Clark Carrados

61. Vagabundos del infinito. —Red Arthur

62. La fauna del espacio. —11. S. Thels

63. Conflicto estelar. Clark Carrados

64. La bestia informe. —Law Space

COLECCION

ESPACIO

La bestia informe

Por

Law Space

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llórente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta. —Pasaje Nuria, 8. —Barcelona

LA BESTIA INFORME

CAPITULO PRIMERO



L «Intérfono» zumbó alegremente sobre la mesa en la que, junto con media docena de teléfonos, formaba una extraña y brillante fauna. Mister Scott alargó la mano y pulsó el interruptor. —¿Qué hay, Clara? —Mister Cowen está aquí, señor director.

—Que pase.

Volvió a subir la palanca y se quedó mirando a la puerta, mientras su ceño se fruncía hasta que las arrugas de su frente tomaron el aspecto de una «hache» profunda.

Se abrió la puerta y un hombre delgado, de rostro alargado y profundas ojeras, que eran la más sobresaliente nota de su apático rostro, apareció en el umbral. Su mirada era tan apagada e indolente como sus gestos, y a Scott le pareció que se arrastraba más que andaba, cuando se acercó a su despacho, después de cerrar parsimoniosamente la puerta.

—Buenos días, señor director. Me ha llamado usted...

—Tome asiento, Cowen, y póngase cómodo. ¿Quiere tomar algo?

—No, muchas gracias.

—¿Un cigarrillo, entonces?

—Bueno.

Scott le alargó, un tanto precipitadamente, su pitillera de platino con las iniciales en minúsculos rubíes. El otro se sorprendió un tanto de aquella amable obsequiosidad no corriente en el director.

Tomó uno de los cigarrillos y lo encendió con la misma calma que habla puesto en cada uno de sus gestos.

Estando dispuesto a encender el suyo, Scott se le quedó mirando, sin desfruncir el ceño, esperando que el humo brotase de los labios del visitante, ya que parecía que jamás hubiese de salir.

Sin saber exactamente por qué el director de la más poderosa fábrica de automóviles de la Gran Bretaña se sintió molesto, por vez primera, ante un hombre como aquél.

Sin embargo, Harry Cowen llevaba diez años trabajando en la casa y jamás, hasta entonces, había encontrado el más mínimo motivo para llamarle la atención. De todos los ingenieros que creaban los nuevos modelos y que hacían de la «SCOTT» la mejor marca británica, ninguno tan capaz, tan entusiasta y tan jovial como Cowen que, desde todos los puntos de vista, era el más querido entre sus compañeros de trabajo.

El silencio se hacia denso; pero Scott, que estaba acostumbrado a «ir directamente al grano» en todos sus asuntos, experimentaba, por vez primera, una indefinible sensación de malestar; algo que parecía haber elegido la boca de su estómago para procurarle aquella náusea que se iba haciendo paulatinamente más intensa.

¿Por qué sentía asco de Cowen?

Le pareció tan peregrina aquella pregunta que se acababa de formular, que, de golpe, todos sus temores desaparecieron, desarrugó el entrecejo y hasta permitió que una sonrisa benévola se asomase a sus labios.

—Le he llamado —dijo con un tono de voz amable—para preguntarle qué es lo que. desde hace un par de semanas, le preocupa.

El otro, que había permanecido hasta entonces con la cabeza baja y la mirada fija en el brillante suelo encerado, miró a su jefe. Sus ojos tenían una melancólica luz en las pupilas y una especie de cansancio infinito se retrataba en su rostro.

Contestó, con voz apenas audible;

—Le aseguro que no me pasa nada, mister Scott.

El director sintió que empezaban a hormiguearle las yemas de los dedos; señal inequívoca de que iba volviendo a ser el mismo: el lobo que no permitía que nadie le llevase la contraria.

De todas formas, consiguió, ya con un esfuerzo, que su voz siguiese sonando en el mismo tono.

—Desde hace dos semanas —dijo lentamente— su trabajo ha desmejorado mucho y, según me han comunicado, hasta ha cometido errores en sus cálculos; errores —repitió— tan infantiles que cuando

lo vi me enfurecí creyendo que lo que usted quería era burlarse de nosotros.

El rostro de Cowen no se inmutó.

—Es posible —continuó diciendo Scott, que se contenía cada vez con mayor dificultad— que esté usted cansado y nada más fácil de procurarle unos días de asueto para que su estado de nervios mejore rápidamente. Es usted un hombre joven, lleno de entusiasmo y estoy seguro de que lo que le ocurre es debido a un desequilibrio nervioso ocasional y sin la menor importancia.

—No quiero irme. Deseo seguir trabajando.

Demostró cierta firmeza, al decir esto.

El picor de las yemas de los dedos se incrementó notablemente en mister Scott.

—Veamos, Cowen. De comprender que esos infantiles errores no han podido ser más que el resultado de un cansancio cerebral, quizás incuba usted una de esas estúpidas enfermedades que nos obligan a guardar cama un par de semanas. Créame, debe descansar y dentro de muy poco se hallará usted como nuevo.

—¡Pero si no estoy enfermo!

Scott cerró los puños; el picor se hacía francamente intolerable.

—¿Entonces? —inquirió con los dientes apretados, lo que hizo que su pregunta pareciese un silbido.

El otro bajó la vista.

—No sé —dijo con voz apagada.

Scott no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Pero hombre de Dios! ¿Es que es usted incapaz de sentir? ¿No puede saber lo que le duele? ¿Es insensible o es que está usted perdiendo la razón? Comprenderá que debe darme una explicación; aclararme algo. Hace diez años que le conozco, he seguido su brillante carrera con sincera admiración; le considero un hombre capaz,

trabajador, entusiasta y enterado de lo que se trae entre manos. Más aún, le creo el mejor de nuestros ingenieros. Y, de repente, de la noche a la mañana, se empieza usted a equivocar en operaciones matemáticas que un niño de quince años haría con los ojos cerrados. ¿Qué demonios le ocurre, Cowen? ¡Hable claro de una vez!

El otro no había levantado la mirada; lo hizo entonces y Scott, sin poder evitarlo, volvió a experimentar aquella incomprensible sensación de asco que no hubiese podido explicar de manera alguna.

—No sé —dijo Harry con el mismo tono de costumbre.

—¿Le duele algo?

—No.

—¿Ha tenido algún disgusto familiar?

—Ya sabe usted que no tengo a nadie, señor director.

—Es verdad; lo había olvidado.

Hubo un silencio.

—¿Quiere que le vea un doctor?

—¿Para qué?

Scott se mordió los labios.

No era ningún hombre extraordinario, pero podía vanagloriarse de que conocía profundamente a los hombres. Y de aquel conocimiento se derivaba la seguridad completa de que se encontraba ante «algo» tremendamente extraño y en lo que el pobre Cowen era tan culpable como podía serlo él mismo.

Miró al ingeniero.

Intentó descubrir algo que pudiese orientarle; algo que contestase al cúmulo de preguntas que se estaba haciendo con una angustia creciente; pero, fuera de la tristeza que encerraba la mirada de Cowen, fuera de aquella languidez, de aquel cansancio que le pareció milenario, como si todos los cansancios dé la humanidad se hubiesen

reunido en aquel hombre, nada le pudo dar la pista que tan ardientemente deseaba.

Se encogió de hombros.

—Está bien, Cowen. Vuelva a su sitio y procure reponerse lo antes posible. Piénselo bien y no olvide que mi opinión es que se haga visitar por algún buen médico. Ya sabe que conozco al doctor Weiban, que es una verdadera notabilidad en eso de los nervios. El podría encontrar lo que a nosotros se nos escapa.

Cowen se habla puesto en pie y sus labios se movieron como si pensase contestar a las amables palabras del director; pero no dijo nada.

Giró lentamente sobre sus talones y salió tan lánguida y silenciosamente como habla entrado.

Durante un buen rato, Scott permaneció con la mirada fija en la puerta que se había cerrado tras

Harry Cowen, devanándose los sesos para encontrar un norte en aquel problema.

Lo que más le intrigaba no era el propio Cowen, sino él mismo, dónde había nacido la sensación de repugnancia que no llegaba a explicarse por muchos esfuerzos que hacia para lograrlo.

¿De dónde le venía aquella sensación?

Cowen era un hombre educado, limpio, de recta conducta; un ingeniero brillante y con un maravilloso porvenir ante si. Scott no había sentido cosa igual entre ninguno de los hombres que conocía y, sin embargo, lo que había experimentado ante Harry era lo que todo hombre normal hubiese sentido al encontrarse ante un desgraciado leproso...

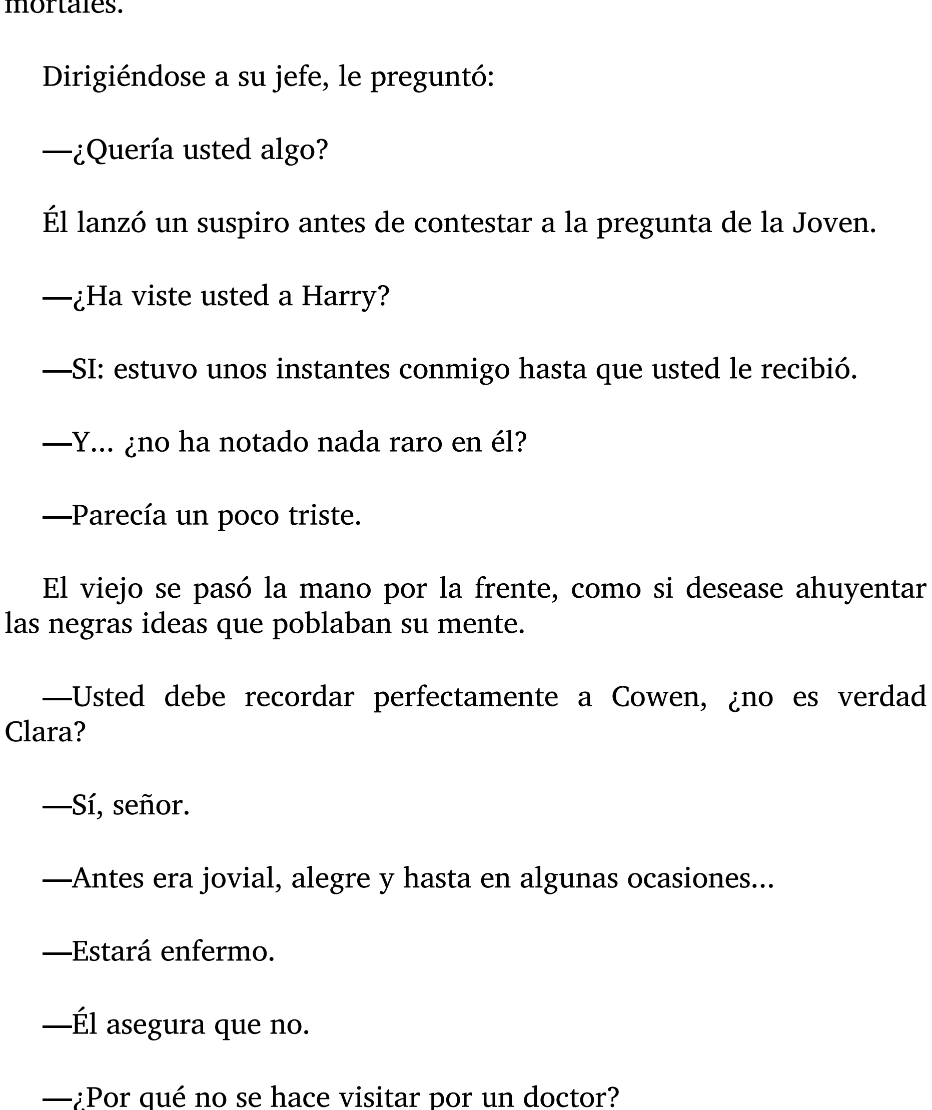
Oprimió convulsamente la palanca del intérfono.

—¿Qué desea, señor director?

—¡Venga en seguida, Clara!

La muchacha que apareció era un orgullo para Scott. Además de su competencia, verdaderamente notable, su hermosura era una nota alegre en el amplio y soleado despacho. Cuando la muchacha penetró en la estancia, pareció como si el aire se hiciese más diáfano y una sensación de agradable seguridad se apoderó del viejo ogro de la Industria Británica del Automóvil.

Ella se acercó graciosa, con aquella femenina manera de moverse y con una sonrisa capaz de desfruncir el ceño al más misógino de los mortales.



Dirigiéndose a su jefe, le preguntó:

—¿Quería usted algo?

Él lanzó un suspiro antes de contestar a la pregunta de la Joven.

—¿Ha viste usted a Harry?

—SI: estuvo unos instantes conmigo hasta que usted le recibió.

—Y… ¿no ha notado nada raro en él?

—Parecía un poco triste.

El viejo se pasó la mano por la frente, como si desease ahuyentar las negras ideas que poblaban su mente.

—Usted debe recordar perfectamente a Cowen, ¿no es verdad Clara?

—Sí, señor.

—Antes era jovial, alegre y hasta en algunas ocasiones…

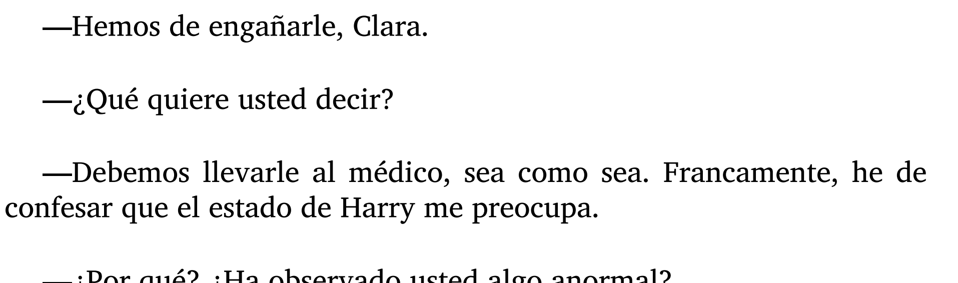
—Estará enfermo.

—Él asegura que no.

—¿Por qué no se hace visitar por un doctor?

—Ya se lo he dicho; no quiere.

Se frotó un mentón y luego, en voz baja:



—Hemos de engañarle, Clara.

—¿Qué quiere usted decir?

—Debemos llevarle al médico, sea como sea. Francamente, he de confesar que el estado de Harry me preocupa.

—¿Por qué? ¿Ha observado usted algo anormal?

—Eso es lo peor. No he visto nada; pero, no obstante..., ¡no puedo explicármelo,, Clara, pero cuando ha venido me ha dado asco!

Ella le miró con asombro, pero no dijo nada.

* * *

Ralph Steiber lanzó una sonora carcajada. Estaba completamente solo, pero hubiese hecho lo mismo si hubiera habido alguien en su presencia.

El chiste que acababa de leer tenía mucha gracia y Ralph no era de los que se limitaban a sonreír hipócritamente cuando algo despertaba su hilaridad. Prefería, en contra de todas las normas sociales, dejar que su risa juvenil y sana, como él decía, se desbordase ruidosamente.

Apagó el cigarrillo que tenia entre los dedos, retorciéndolo sobre el cenicero y echó una lánguida mirada a su vaso ya vacío; luego, naturalmente, sus ojos se clavaron en la botella, también vacía, que había sobre su mesa; una mesa sin más adornos ni objetos que el vaso y la botella.

Se sentía tremendamente aburrido.

Se sonrió ahora.

—Dos meses sin que nadie venga a solicitar les servicios del más

famoso detective particular de Inglaterra. ¿Qué demonios ocurre en las Islas Británicas? ¿Habrá alguna epidemia de bondad colectiva?

Levantándose, cogió su chaqueta, que tenía colocada sobre el respaldo de una de las sillas del despacho y se dirigió al cuarto de baño, en cuyo espejo se lanzó una inquisitiva mirada.

Sonrió de nuevo; luego, en voz baja:

—Menos mal que el último asunto me dejó un poco de dinero. Gracias a mi espíritu ahorrativo, puedo dedicarme a ella...

Al pensar, súbitamente en «ella», miró el reloj y se apresuró a pasarse un peine por sus brillantes cabellos, saliendo casi de seguido de su apartamento.

Una vez en la calle, no hizo más que avanzar unos metros, se detuvo ante el «drugstore» vecino y se sentó en la banqueta que había cerca de la puerta, no sin echar una rápida mirada a las ventanas del primer piso de la casa de enfrente.

—¿«Whisky», mister Steiber? —inquirió la «barmaid», con solicitud.

Ralph se volvió hacia ella y contestó:

—Si, un «whisky» sencillo; pero haz el favor, preciosa, de poner en él un poco de ginebra. No, no te asustes, es que necesito que mi lengua pronuncie las más lindas palabras que conozco, que mi rostro parezca el más sincero de todos, que mi tipo encuadre en los adolescentes sueños de la más bonita de las chicas...

La «barmaid» silbó largamente.

— Aunque me lo hubiesen jurado —dijo—, jamás hubiese creído que usted hablaba tan estupendamente...

—¿Qué te has creído? ¿Es que un hombre que se pasa la vida metiéndose en los asuntos de los demás (y no precisamente los más limpios) está obligado a ser vulgar y rudo como cualquier policía?

La muchacha sonrió al oírle y aclaró:

—No se ofenda, mister Steiber; simplemente dije que me admiró

usted con esas palabras tan bonitas.

—¡Es el amor! —exclamó el detective con un cómico énfasis—. El amor que convierte a cualquier patán en un elocuente Cicerón.

La «barmaid» volvió con el vaso que colocó junto a Ralph.

—He visto a muchos hombres perder la cabeza —dijo sentenciosamente —, pero nunca a un detective particular.

—¿Por qué no?

—Porque, fuera de los billetes, no creo, sinceramente, que haya algo que pueda interesarle realmente.

—¿Y qué sabes tú?

Ella no contestó y se quedó mirando hacia la puerta del «drugstore», lo que hizo que el hombre siguiese su mirada.

—¡Ahí está!—exclamó vivamente.

Y sin acabar el contenido de su vaso, lanzó un billete arrugado sobre el mostrador y salió corriendo hacia la calle.

—¡Eh, mister Steiber!—gritó la «barmaid»,—¡Me ha dado usted un billete de cinco libras!

El detective retomó prestamente al bar.

—He debido equivocarme —balbució.

Ella le mostró lo que, en realidad, le habla dado.

—¿Por qué ha hecho esto? —inquirió él con agresividad manifiesta.

—Para demostrarle que sus hermosas palabras no eran más que...

Masculló algo él; algo afortunadamente ininteligible y salió disparado hacia la acera de enfrente.

De repente y cuando se hallaba en medio de la calzada, se detuvo, justo cuando un vehículo avanzaba hacia la derecha. El conductor

frenó a fondo y le lanzó toda clase de improperios.

Pero Ralph no le escuchó.

Allá enfrente, la bella Doris estrechaba la mano de un hombre joven que se habla acercado a ella.

Tentado estuvo Steiber de volver al bar para decirle a la entrometida «barmaid» una hermosa colección de verdades; pero, intrigado por la presencia de aquel muchacho pelirrojo, al que no conocía, empezó a andar tras la pareja, experimentando una sensación de alivio, como la que sentía cuando «trabajaba» de verdad, siguiendo una pista.

«Me servirá al menos como entrenamiento», se dijo.

La pareja iba caminando, sin ninguna prisa, por la amplia avenida. Parecían completamente despreocupados y Ralph hubo de confesarse que nunca había tropezado con gente tan fácil de seguir; aunque, naturalmente, a ellos debía importarles un comino que él los siguiese o no.

Diez minutos más tarde, la pareja penetró, súbitamente, en uno de los más afamados locales del Soho: el Bester; en el que, naturalmente, penetró el detective particular, dispuesto a enterarse a fondo de cuanto los otros dos llevasen a cabo.

La sala estaba, como siempre, abarrotada de parejas y en la pista era difícil ver más que rostros sudorosos y juntos, a través del humo de los cigarrillos que podía cortarse con un cuchillo.

Que una enfermera y nada menos que la ayudante del doctor Weiban se dejase invitar por un hombre a un lugar tan antihigiénico era algo que extrañaba profundamente a Steiber.

Él habla pensado, si la pesada broma de la «barmaid» no se hubiera producido y hubiera llegado el primero junto a Doris, llevarla a algún sitio que demostrase su «afición» por las grandes dosis de oxigeno y de espacio libre.

Pero, por lo visto, Doris no se preocupaba demasiado por las profilácticas medidas que debía prescribir su patrón.

Descubrió en seguida a la pareja, que había escogido —¿cómo no? —una mesa apartada, en el lugar más problemáticamente solitario de aquella casa de locos.

Steiber buscó algo, lo más cerca posible de ellos, pero hubo de conformarse con un lugar cercano a la orquesta, donde a pesar de todo, podía «vigilar» a los otros dos sin tener que torcer demasiado el cuello.

La sorpresa se produjo en cuanto tomó asiento.

Al principio, para decir toda la verdad, no lo reconoció; pero, casi inmediatamente, se dio cuenta de que su vecino de mesa era, nada menos, que el inspector Leweer.

¿Leweer en el Bester?

¿Por qué no?

Era imposible. Las pocas veces que el policía había penetrado en aquel lugar de diversión —y esto lo sabia Steiber perfectamente— había sido para cerrarlo y «ponerle los sellos» por una larga temporada. Leweer poseía, no obstante, un carácter abierto y hasta divertido; pero, al mismo tiempo, era incapaz de presentarse en un sitio donde se sabía mal visto y querido.

No fue aquello, sin embargo, lo que el detective vio en el rostro del «polizonte». Algo debía pasarle a Leweer para tener aquella cara y Steiber, que a pesar de todo lo estimaba sinceramente, se cambió de mesa, sintiendo que el interés que, hasta el momento, había experimentado por la pareja, decrecía rápidamente.

—¡Hola, Denis! —dijo sentándose al lado del policía.

El otro se volvió, muy lentamente y contempló a Ralph con un rostro inexpresivo.

—Hola, Steiber—, dijo sin mucho entusiasmo.

Ralph se le quedó mirando; la expresión de aquel hombre tenía algo de extraño, que le llamó en seguida la atención.

—¿Le ocurre algo? —Inquirió amablemente.

—No, nada.

Nervioso ya, el detective encendió un cigarrillo e intentó buscar en el bullicio que le rodeaba algo que distrajese la intranquilidad que, a pasos agigantados, se estaba apoderando de él; luego, sin poder más, se acercó al policía, inclinando el cuerpo hacia él, y con un acento tan sincero como vehemente:

—No quisiera engañarme, Denis. Nos conocemos hace demasiado tiempo para andarnos con tapujos. Usted no puede ocultarme lo que le pasa. Ahora, Leweer, no se trata de ningún acto de servicio, sino de echar la mano a un buen amigo...

El otro no se atrevió a mirarle; permaneció inmóvil, con la mirada perdida en un punto cualquiera del espacio; después, con voz débil:

—No sé lo que me pasa, Ralph; es algo tan tremendamente extraño que no encuentro palabras para describirlo...

—¿Siente usted algo raro?

—No, sino es este cansancio, esta fatiga que se va apoderando de mi, cada vez más fuerte.

—¿Por qué no va al médico?

—Porque estoy completamente seguro de que estoy perfectamente bien.

La respuesta extrañó extraordinariamente a Steiber.

—¿Cómo se atreve a afirmar eso con lo que acaba de decir hace un momento?

El policía se encogió de hombros.

—Dejémoslo, amigo. Le aseguro que hasta hablar me fatiga; ya pasará todo, si es que tiene que pasar...

Steiber no dijo nada más.

Se quedó mudo, sin encontrar palabra alguna que valiese la pena de ser pronunciada; luego paulatinamente, una sensación diferente se

apoderó de él.

Nervioso, encendió otro cigarrillo con la colilla del que tenía en los labios, haciendo cuantos esfuerzos podía para convencerse de que estaba pensando una solemne tontería.

—¡No, no era posible!

Miró de reojo al policía, para buscar, con ansia, algún motivo que pudiese autorizar ante sus ojos la sensación que seguía Irremisiblemente creciendo en el interior de su mente.

¿Por qué le estaba dando ASCO el estar al lado de Denis?

Era algo que no tenia, verdaderamente, ni pies ni cabeza. Intentó desesperadamente sacudirse aquella desagradable sensación que luchaba por posesionarse por entero de él.

Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando la NAUSEA llegó casi incontenible hasta sus labios.

Palideció intensamente.

Luego, con un gesto vago y sin atreverse a entreabrir sus apretados labios, hizo un gesto de despedida, se puso en pie y salió del local, olvidando pagar la consumición que había tomado junto a Denis.

CAPITULO II



IENTRAS el bi-reactor de pasajeros aterrizaba en el aeródromo londinense, Alan Scott se sintió nuevamente en forma, dispuesto a luchar bravamente contra todos los inconvenientes que se presentasen en la complicada marcha de su fabuloso negocio.

Aquella semana que habla pasado en Nueva York le había servido, a pesar de estar integralmente dedicada al negocio, como unas excelentes y necesarias vacaciones.

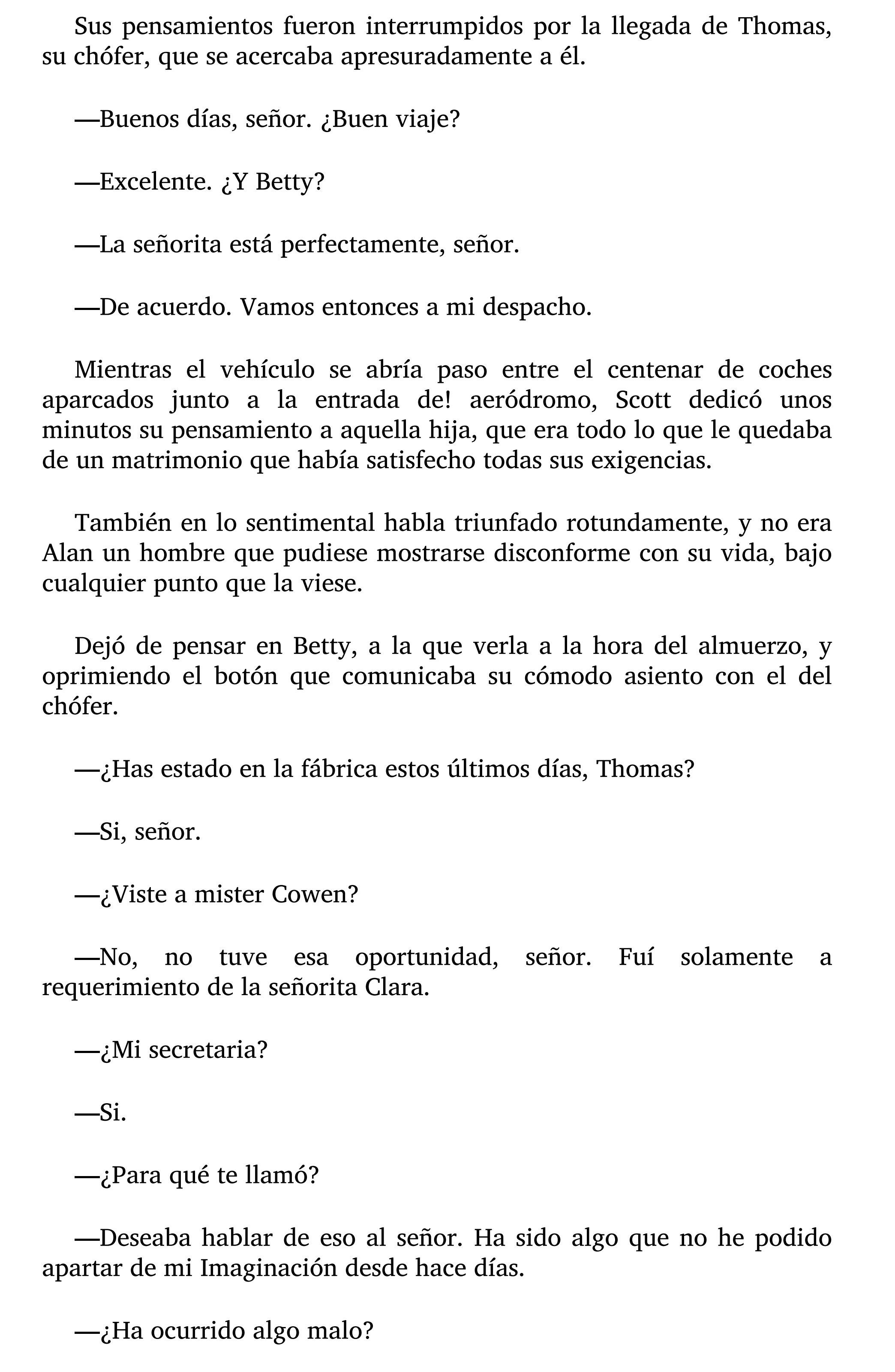
Y ahora, de nuevo en «casa», se hallaba como nuevo, poseedor de aquella agilidad mental que habla hecho posible el desarrollo de sus asuntos, hasta tomar características mundiales.

«De seguro —pensó mientras descendía del avión —que todo habrá vuelto a su normal cauce y que Cowen se habrá repuesto de la extraña fatiga que padecía.»

Había pensado en el joven ingeniero mucho más de lo que hubiese previsto hacerlo cuando salió para el Nuevo Mundo. Después de todo y a pesar de que los intereses de sus fábricas pasaban ante todo, no dejaba de experimentar una viva simpatía por los colaboradores que habían hecho posible el milagro de convertir a los «Scott» en los vehículos más populares del mundo.

Nunca había sido tacaño y pagaba espléndidamente, experimentando siempre la sensación de que «hacia poco», mostrándose insatisfecho si no se percataba de que, a su lado, sus empleados y técnicos, eran felices.

Tal manera de ser había hecho de la Scott una empresa modelo, en la que la palabra «huelga» era tan desconocida como la palabra «imposible».



Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Thomas, su chófer, que se acercaba apresuradamente a él.

—Buenos días, señor. ¿Buen viaje?

—Excelente. ¿Y Betty?

—La señorita está perfectamente, señor.

—De acuerdo. Vamos entonces a mi despacho.

Mientras el vehículo se abría paso entre el centenar de coches aparcados junto a la entrada de! aeródromo, Scott dedicó unos minutos su pensamiento a aquella hija, que era todo lo que le quedaba de un matrimonio que había satisfecho todas sus exigencias.

También en lo sentimental habla triunfado rotundamente, y no era Alan un hombre que pudiese mostrarse disconforme con su vida, bajo cualquier punto que la viese.

Dejó de pensar en Betty, a la que verla a la hora del almuerzo, y oprimiendo el botón que comunicaba su cómodo asiento con el del chófer.

—¿Has estado en la fábrica estos últimos días, Thomas?

—Si, señor.

—¿Viste a mister Cowen?

—No, no tuve esa oportunidad, señor. Fuí solamente a requerimiento de la señorita Clara.

—¿Mi secretaria?

—Si.

—¿Para qué te llamó?

—Deseaba hablar de eso al señor. Ha sido algo que no he podido apartar de mi Imaginación desde hace días.

—¿Ha ocurrido algo malo?

—No; en realidad, no puede decirse que sea algo importante. Ya conoce el señor a las mujeres y sabe lo difícil que es comprenderlas.

—¿No irás a decirme que Clara va a casarse?

—No, creo que no.

—¿Entonces?

—Me llamó dos días después de la marcha del señor. Parecía muy cansada y me dijo si podía llevarla al campo, a casa de una tía suya, pues deseaba pasar el fin de semana fuera de Londres.

—¡Qué extraño! ¿Por qué no tomó el tren o alquiló un coche?

—Eso fue lo que yo le dije, naturalmente con toda delicadeza; entonces ella me respondió que sí me había rogado que la llevase personalmente era porque tenia miedo...

—¿Miedo? ¿De qué?

—Ella me dijo que no podría soportar el viaje entre gentes extrañas, ni ir en un coche conducido por un chófer al que no conociese. Ya le he dicho al señor que la encontré tremendamente cansada y hasta el hablar parecía que le costaba un gran esfuerzo.

—¿La complaciste?

—Si; pero aquí llega lo más raro de todo este extraño asunto. Apenas hablamos hecho un centenar de millas, desde que salimos de Londres, cuando dio un grito y me obligó, con los ojos llenos de lágrimas, a que regresase a la ciudad.

Scott tragó saliva con dificultad.

—¿Qué pasó luego? —inquirió con voz temblorosa.

—Antes he de decir al señor algo que no deja de darme vueltas en la cabeza.

—Habla.

—Detuve el coche, naturalmente, cuando oí el grito de la señorita.

Justamente y por fortuna, teníamos abierta la comunicación, ya que, como hacemos ahora usted y yo, habíamos ido hablando todo el camino. Yo había notado que, a medida que nos alejábamos de Londres, la señorita Weber se volvía más locuaz y que se animaba por momentos. Mientras la oí hablar, casi me convencí de que la secretaria del señor dejaba detrás alguno de esos asuntos que preocupan tanto a las mujeres…

—¿Algo amoroso?

—SI, señor. Yo estaba asistiendo a una especie

de liberación y me daba cuenta de que cuanto más nos alejábamos de la ciudad, ella se encontraba más a sus anchas, como si algo que le hubiese disgustado se perdiese con la distancia.

—Es curioso.

—Pero todavía no he dicho al señor lo más importante…

—Es verdad; haz el favor de decírmelo.

—Estaba contando que cuando oí el grito frené inmediatamente, completamente convencido de que le ocurría algo grave a la señorita Weber. Me volví hacia ella y la vi, con una expresión de indecible dolor, cogerse la cabeza con ambas manos. Abandonando mi asiento, pasé a la parte posterior del coche, y le pregunté, completamente trastornado, qué le pasaba.

—¿Qué te dijo ella?

—Que tenía el más espantoso dolor de cabeza que podía imaginarse nadie. Le dije que tenia comprimidos en el bar del coche, pero ella, sin dejar de llorar, instó para que diésemos la vuelta y regresásemos inmediatamente a Londres.

—¿Nada más?

—Ruego al señor que preste atención un minuto. Cuando ya me retiraba para coger nuevamente el volante, ella me miró con los ojos muy abiertos y sin dejar de llorar… ¡Es verdaderamente espantoso, señor!

—¿Fue eso lo que te dijo?

—No; es que cada vez que lo recuerdo, lo entiendo menos.

—¿Quieres acabar de una vez, Thomas? ¡Estoy sobre ascuas!

—Perdone el señor. Lo que dijo la señorita Weber fue, escasamente: «¡Si no llegas a frenar, Thomas, se me hubiera separado la cabeza del tronco!»

Scott volvió a tragar saliva; ahora con mayor dificultad que antes.

—¿Estás seguro que fue eso lo que dijo?

—Completamente seguro, señor. No creo que, por muy poca memoria que tenga, pueda olvidar esas palabras en todo lo que me queda de vida.

—Tienes razón; son cosas que uno no puede olvidar jamás.

Hubo un corto silencio entre ellos. Thomas se absorbió en un cruce, en el que un pesado camión había creado un pasajero problema de circulación.

Luego, unos minutos más tarde, cuando tomaron la autopista que conducía directamente a la fábrica:

—¿Puedo acabar de contarle todo al señor?

—Pero, ¿es que hay más aún?

—Muy poco; pero deseo que el señor lo sepa todo.

Está bien. ¡Adelante!

—Al volver hacia Londres y durante un pequeño trayecto, la señorita permaneció en silencio; después, inesperadamente, se puso a reír.

--¿A reír?

—Si. Le pregunté qué era lo que le ocurría y me dijo que su dolor de cabeza había desaparecido por completo.

—¡Qué raro!

—Eso me pareció a mí; pero, de todas formas, le aseguro al señor que ardía en ganas de dejarla en su casa. Poco después—ella había hablado por los codos —cuando se divisaba Londres, se calló repentinamente y no volvió a despegar los labios. Incluso, cuando la dejé en su casa, deseándola que pasase una buena noche, no me respondió, limitándose a asentir con la cabeza. Parecía más cansada que nunca.

El contorno de las fábricas era ya visible desde donde estaban.

Scott no dijo nada; no hizo el menor comentario, pero, sin saber por qué, tornó a experimentar una indefinible sensación de angustia.

¿Qué podía estar ocurriendo en el personal de su empresa?

Pensó —desechándolo casi inmediatamente —en la acción, poco escrupulosa, de algún agente de la competencia...

¡Era absurdo!

De todas formas, estaba dispuesto a tomar una determinación, fuese la que fuese, para esclarecer las cosas. No podía permitir que algo perturbase la marcha del negocio.

Primero Cowen, ahora Clara...

Porque no tenia la menor duda de que ambos padecían el mismo mal. La descripción que había hecho Thomas concordaba exactamente con lo que él habla podido apreciar en su más inteligente ingeniero.

Pero, ¿de qué demonios podía tratarse?

El coche acababa de atravesar la verja, que una célula foto-eléctrica había abierto automáticamente, deteniéndose poco después junto a la escalinata que se abría ante la entrada de las oficinas.

Scott, absorto en sus ideas, casi no se dio cuenta.

Thomas le abrió la puerta.

—Deseo —dijo Scott, deteniéndose junto a su chófer—, que nadie

sepa nada.

—No he dicho nada a nadie...

—Perfectamente...

Alan se percató de que Thomas estaba nervioso y cuando ya se dirigía hacia la escalinata, oyó la voz de su empleado que le llamaba.

—Señor...

Se volvió con cierta inquietud pintada en el rostro.

—¿Ocurre algo, Thomas?

El otro bajó los ojos.

—No quería decírselo al señor; pero creo que será mejor que...

Luchaba, evidentemente, por encontrar las palabras para expresar algo que sin duda alguna, era difícil decir.

Scott, sin saber por qué, temía oír lo que el otro quería decirle. Pero, reponiéndose, le exigió:

—Habla sin rodeos, Thomas.

El tono seco de la voz de su patrón derribó los últimos escrúpulos de la mente del chófer.

—Puede que no sea más que una tontería mía, señor; pero, cuando volvimos a Londres y abrí la puerta del coche para que descendiese la señorita Weber...

—¿Qué? —insistió Alan.

—Experimenté una especie de ASCO; una repugnancia tan extraña como fuera de lugar. Ruego que el señor me perdone.

—No tiene importancia, Thomas. Muchas gracias por todo.

Empezó a subir la escalinata y cuando la puerta se abrió dócilmente ante él, sintió que un estremecimiento le sacudía violentamente el

cuerpo.

* * *

Cuando el último enfermo salió de su despacho, el doctor Weiban se quitó las gafas, que mantuvo en su mano derecha, mientras con la izquierda, sirviéndose del índice y el pulgar, se frotaba los ángulos internos de ambos ojos.

Estaba cansado.

Además, los rayos X le fatigaban extraordinariamente y como, desde hacía varios años, se dedicaba, casi con entera exclusividad, al problema de los tumores cerebrales, las sesiones que pasaba junto al aparato eran cada vez más largas y penosas.

A pesar de las dosis de vitamina A que tomaba casi constantemente, la oscuridad habla mermado su visión de una manera notable.

La puerta del despacho se abrió y la gentil silueta de su enfermera se recortó en el umbral.

—Ya se han ido todos, doctor.

—Bien, Doris. Créame que me alegro. ¿Cuántos hemos tenido hoy?

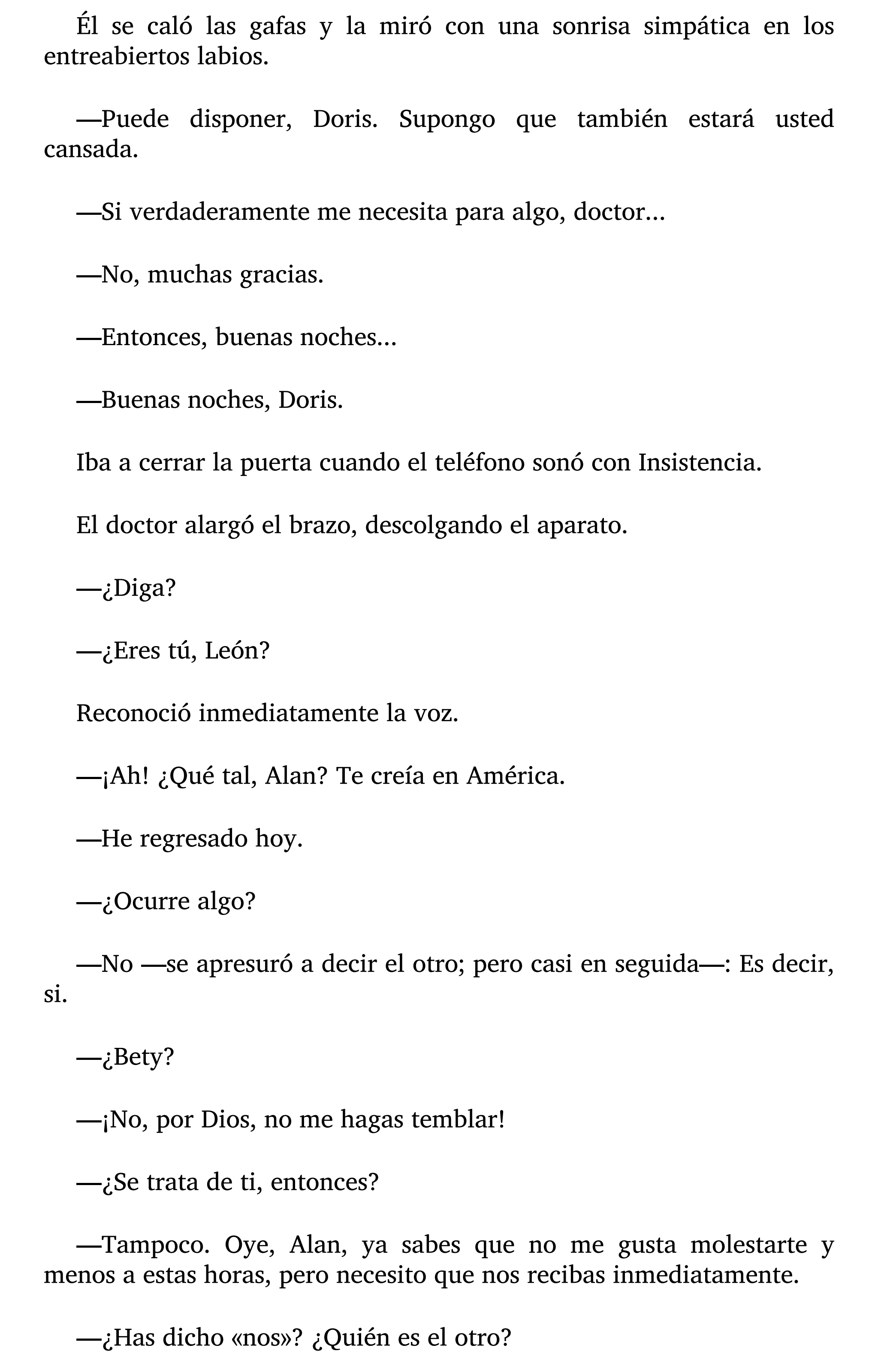
—Once.

—No está mal. Afortunadamente, sólo dos de ellos tenían algo verdaderamente patológico.

—¿Cuándo los operará?

—Esperaré algunas semanas. Hay tiempo. Quiero, primero, darles alguna sesión con la bomba de cobalto.

—Entendido.


Él se caló las gafas y la miró con una sonrisa simpática en los entreabiertos labios.

—Puede disponer, Doris. Supongo que también estará usted cansada.

—Si verdaderamente me necesita para algo, doctor…

—No, muchas gracias.

—Entonces, buenas noches…

—Buenas noches, Doris.

Iba a cerrar la puerta cuando el teléfono sonó con Insistencia.

El doctor alargó el brazo, descolgando el aparato.

—¿Diga?

—¿Eres tú, León?

Reconoció inmediatamente la voz.

—¡Ah! ¿Qué tal, Alan? Te creía en América.

—He regresado hoy.

—¿Ocurre algo?

—No —se apresuró a decir el otro; pero casi en seguida—: Es decir, si.

—¿Bety?

—¡No, por Dios, no me hagas temblar!

—¿Se trata de ti, entonces?

—Tampoco. Oye, Alan, ya sabes que no me gusta molestarte y menos a estas horas, pero necesito que nos recibas inmediatamente.

—¿Has dicho «nos»? ¿Quién es el otro?

—Se trata de mi secretaria.

—¡Ah!

—Escucha bien, Alan. La llevo engañada.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré cuando esté ahí; es algo muy largo de contar.

—Está bien. Puedes venir cuando quieras; no me moveré de aquí.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Leon.

—Hasta ahora.

Colgó y miró después a Doris; ésta había oído la totalidad de la conversación.

—Me quedaré para ayudarle, doctor.

—No creo que sea necesario, Doris. Ha terminado usted su jornada y tendrá, sin duda alguna, algo que hacer.

—No; voy a quedarme. Se trata, según he oído, de una señorita y creo, en ese caso, que podré serle de alguna ayuda.

—Se lo agradezco infinito.

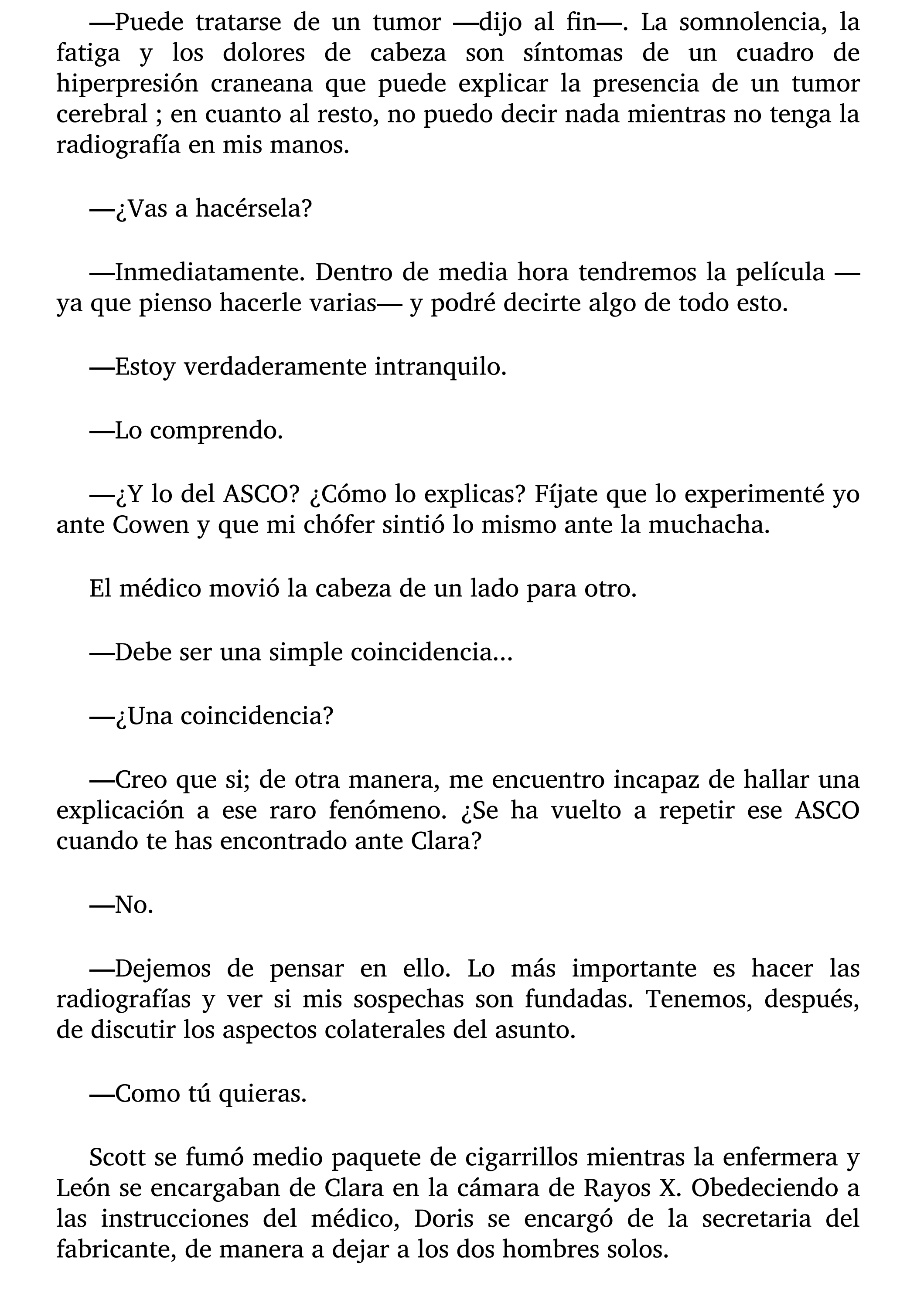
—Voy a preparar una taza de te.

Scott y su secretaria llegaron veinte minutos más tarde. El doctor había ya preparado a Doris que se encargó de Clara, mientras el fabricante y él se encerraban en el despacho.

Tras el ritual del te, Alan empezó a contar todo lo que sabia de aquel extraño asunto. Durante su exposición, el médico no le interrumpió más que un par de veces, con dos preguntas de carácter aclaratorio.

—Eso es todo —dijo, con un suspiro, al terminar.

Weiban tenía los ojos entornados y parecía seguir con un



desmedido interés, la marcha de las volutas del humo de su cigarrillo, que se enroscaban curiosamente.

—Puede tratarse de un tumor —dijo al fin—. La somnolencia, la fatiga y los dolores de cabeza son síntomas de un cuadro de hiperpresión craneana que puede explicar la presencia de un tumor cerebral ; en cuanto al resto, no puedo decir nada mientras no tenga la radiografía en mis manos.

—¿Vas a hacérsela?

—Inmediatamente. Dentro de media hora tendremos la película —ya que pienso hacerle varias— y podré decirte algo de todo esto.

—Estoy verdaderamente intranquilo.

—Lo comprendo.

—¿Y lo del ASCO? ¿Cómo lo explicas? Fíjate que lo experimenté yo ante Cowen y que mi chófer sintió lo mismo ante la muchacha.

El médico movió la cabeza de un lado para otro.

—Debe ser una simple coincidencia...

—¿Una coincidencia?

—Creo que si; de otra manera, me encuentro incapaz de hallar una explicación a ese raro fenómeno. ¿Se ha vuelto a repetir ese ASCO cuando te has encontrado ante Clara?

—No.

—Dejemos de pensar en ello. Lo más importante es hacer las radiografías y ver si mis sospechas son fundadas. Tenemos, después, de discutir los aspectos colaterales del asunto.

—Como tú quieras.

Scott se fumó medio paquete de cigarrillos mientras la enfermera y León se encargaban de Clara en la cámara de Rayos X. Obedeciendo a las instrucciones del médico, Doris se encargó de la secretaria del fabricante, de manera a dejar a los dos hombres solos.

Media hora más tarde y sirviéndose de un aparato especial, Weiban proyectaba en su despacho la película que había obtenido poco antes.

Constaba la película de una docena de radiografías hechas a distinta profundidad,

—Llamamos a esto —explicó el médico —una «tomografía exploratoria»; de esta manera —añadió —podemos observar el cerebro a distinta profundidad y localizar, de forma más concreta, el presunto tumor.

Desde el primer momento Weiban había observado aquella claridad que había en la parte superior de la radiografía; no le preocupó en extraño, ya que lo interpretó como una «línea de luz» que se había filtrado en el aparato.

«Lo mandaré revisar», se dijo.

Pero, cuando el propio Alan le Interrogó sobre ello, se dio cuenta de que la «línea de luz» no era la misma en todas las radiografías.

—¿Qué es esa especie de cinta que parece salir del cráneo de Clara? —inquirió Scott.

—No lo sé. Ya me he percatado antes de ello y lo he tomado como un defecto del aparato.

Scott, no muy convencido, le dijo:

—¿Seguro?

—Eso creo. Es la primera vez que veo algo semejante. Comprenderás lo absurdo que es el pensar que algo sale de la cabeza de tu secretarla.

—Lo comprendo.

Hubo un corto y embarazoso silencio que cortó Alan.

—¿Hay un tumor?

—No.

—¿Entonces?

—Tendré que estudiar todo esto con más detenimiento.

Había una cierta decepción en el rostro de Alan.

—¿Qué crees que debo hacer con los dos?

—¿Con los dos?

—SI con Clara y Cowen.

—¿No te parece que es mucho suponer que ambos tengan el mismo mal?

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué no me envías a tu ingeniero?

—Porque no querría venir.

Weiban permaneció pensativo unos instantes; luego:

—¿Trabaja Cowen por las noches?

—Si, muy a menudo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque podría acercarme a tu fábrica y radiografiarle allí mismo.

—¿Es posible?

—Sí. Tengo un aparato portátil que compré en Alemania; es una verdadera maravilla y tiene el tamaño de una máquina de fotografiar. Lo que necesitaré es que nos dejes a oscuras un par de minutos.

—Nada más fácil; simularé un corte de fluido.

—Entonces, de acuerdo.

—¿Y respecto a Clara?.

—Déjala tranquila, por el momento. Hazla el menor caso posible hasta que yo haya estudiado un poco más este asunto…

CAPITULO III



E percató Weiban de que su amigo Scott tenía razón en cuanto penetró en el despacho particular de Cowen.

Aquella tristeza en los ojos, los rasgos cansados y la indolencia de movimientos eran exactamente iguales a los que había observado en Clara.

Sin ninguna clase de dudas.

El médico llevaba una gabardina y su aparato de Rayos X portátil en ano de los amplios bolsillos. Scott le acompañaba.

Intentó, vanamente, charlar de algo con el joven ingeniero; éste parecía oírle como algo distante y era ciertamente difícil sacarle de aquel estado de somnolencia que parecía dominarle por completo.

Fumaron unos cigarrillos y Weil.an simuló interesarse por unos planos de un nuevo «turismo Scott» en los que Cowen estaba trabajando. A un gesto del dueño de la fábrica, el doctor ¿e separó un tanto para poder «radio-fotografiar» a su paciente en el momento que la luz se apagase.

Scott había dado las órdenes oportunas para que el corte se produjese diez minutos exactamente después de que entrasen en el despacho de Harry.

Así, a la hora convenida, la luz se apagó bruscamente.

—¿Qué demonios ocurre? —inquirió Scott con un acento perfectamente normal.

—Debe ser una avería —repuso inocentemente el ingeniero—. Voy a buscar una linterna...

—No se moleste. Telefonearé yo mismo.

Se apartó para dejar el campo libre al doctor.

Entretanto, el médico actuaba velocísimamente, de manera a aprovechar los tres minutos que Scott le había concedido.

Por fortuna, su aparato, además de realizar fotografías. permitía !a «visión directa», de manera que podía ir viendo, al tiempo que obtenía la película, a su paciente.

No, ciertamente, no esperaba aquello, y por eso, a pesar de su sangre fría, no pudo evitar una exclamación de asombro que sorprendió a Alan. Por su parte, el ingeniero debía seguir insensible a cuanto le rodeaba.

—¿Qué ocurre? —inquirió Scott con cierta angustia en la voz.

—Nada... espera —repuso el otro.

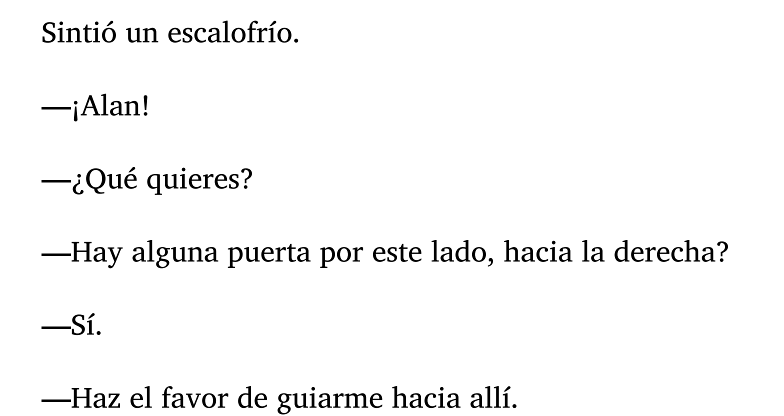
Pero la verdad es que una emoción extraña se habla apoderado de él. Porque ahora ya no podía «caber la menor duda».

Estaba bien que hubiese dudado en su casa, cuando examinó la película de las radiografías hechas a la secretaria de su amigo; pero,

en aquellos instantes, hubiese sido estúpido creer que todos los aparatos que poseía estaban estropeados.

¿Qué diablos podía ser aquella especie de fina serpentina que surgía del cráneo del joven ingeniero?

Decidido a salir de dudas, enfocó la «cinta» y siguió el camino que parecía trazar por la oscuridad del despacho. Allí, en la pared de la derecha, la «cinta» terminaba definitivamente.



Sintió un escalofrío.

—¡Alan!

—¿Qué quieres?

—Hay alguna puerta por este lado, hacia la derecha?

—Sí.

—Haz el favor de guiarme hacia allí.

Obedeció Scott y atravesaron juntos la puerta. Como el despacho de Cowen, el vecino, completamente desierto, estaba sumido en una oscuridad completa.

Weiban enfocó la oscuridad con su cámara de Rayos X y casi lanzó un grito al volver a ver la «cinta». Salía de la pared y se hundía, después de atravesar la habitación, en la pared de enfrente.

—¡Ordena que enciendan la luz! —rugió.

Cuando las lámparas volvieron a lucir, Scott miró extrañado a su amigo.

—¿Puedes explicarme lo que te pasa?

—Después. ¿Dónde está ahora Clara?

—En su despacho; la hice quedarse por si querías volver a verla.

—¡Vamos! ¡Has acertado!

Alan tuvo que correr en pos del médico que avanzaba a gran velocidad. Un ascensor les dejó en la parte de la casa donde estaba situado el despacho del director y el de su secretaria.

Penetraron en este último.

Clara Weber estaba pintándose los labios.

—¿Ha habido alguna avería en la luz, mister Scott?

—Nada importante —replicó éste.

Y se volvió hacia el médico, con una interrogativa mirada.

A su vez, Weiban ni lo miró siquiera:

—¡Apaga la luz, Scott!

Alan miró a su amigo, frunció el entrecejo y se volvió hacia su secretaria que, a su vez. les miraba con sincera extrañeza.

Intervino oportunamente el médico.

—Perdone, señorita Weber; es solo un instante... ¡Apaga la luz, Alan!

Obedeció éste.

—¡Cierra la puerta! —tronó el doctor.

Tenía el aparato en la mano y lo enfocó hacia la muchacha.

No cabía la menor duda.

La «cinta» surgía del cráneo de Clara e iba a empotrarse en la pared de la izquierda.

—¡Ya puedes encender!

* * *

Durante dos días y dos noches, sin darse el menor descanso, Ralph se dedicó, exclusivamente, a seguir al inspector Denis.

Estaba plenamente convencido de que algo extraño le ocurría a aquel hombre y estaba dispuesto a descubrirlo costase lo que costase. En realidad, Ralph no amaba a la policía; su profesión le había enfrentado muy a menudo con ella y no habían sido precisamente caricias lo que recibió, en múltiples ocasiones, de ella. No obstante, y como en todas las cosas de esta vida, hay la excepción, aun sirviendo solamente para confirmar que la regla existe.

Y esta excepción era Denis Leweer.

En muchos casos, Denis había sabido impedir que la fobia de la policía hacia los detectives particulares ejerciese su funesta influencia contra Steiber.

Y esto no lo olvidaba Ralph.

Por otra parte, conocía suficientemente al inspector para saber que no era un hombre que se amilanara por poca cosa. Era recto, serlo, pero decidido como ninguno de sus compañeros.

Desde los primeros instantes en que empezó a seguirle la pista, Steiber se dio cuenta de que lo que le sucedía a Denis debía ser muy grave. El inspector, por primera vez en su vida, se mostraba negligente hacia las cosas del servicio y llevaba una vida tan tremendamente insulsa y lánguida que hubiese llamado la atención de sus superiores, si éstos hubieran tenido conocimiento de ello.

Pero, por fortuna, nadie, excepto Ralph, se había percatado de la curiosa depresión moral del inspector.

Denis permanecía el menor tiempo posible en su Departamento, saliendo disparado como alma que lleva el diablo; luego, toda aquella aparente precipitación se convertía en nada, ya que desde el-momento en que se hallaba a cien yardas de Scotland Yard, se convertía en un hombre apático, en algo insulso e intranscendente desde todos los puntos de vista.

El detective se horrorizó al pensar que alguien pudiese descubrir el

lamentable estado de aquel hombre y hundirle definitivamente, ya que no se le escapaba que el más ligero examen médico lo haría salir de un Cuerpo donde tanto y tan entusiásticamente había trabajado.

Steiber pensó, con un estremecimiento, en la esposa y los tres pequeños de Denis…

¿Cómo no lo había pensado antes?

¡Un médico! ¡Eso era lo que necesitaba!

Un doctor que pusiese coto a aquel estado; que cuidase del inspector y le hiciese volver a su estado de antes, evitando que los superiores del policía pudiesen informarse de ello.

Regresó a su casa cuando Leweer se metió en su domicilio.

La idea de consultar a un médico le pareció, a medida que la reflexionaba, la más lógica y cuando se detuvo en el «drugstore» para tomar el trago de «antes de cenar», miró, sin darse cuenta, a las ventanas de la casa de enfrente.

¡Qué idiota había sido!

Si había alguien en la ciudad que pudiese resolver el problema de Denis, esta persona era, indudablemente, el doctor Weiban.

—No lo pensó más.

Atravesó la calle, diciéndose que aún no era demasiado tarde y que el médico no habría terminado con sus consultas.

Al abrirse la puerta del piso y cuando apareció en el umbral la hermosa Doris, Ralph volvió bruscamente a la realidad.

¡La habla olvidado por completo!

Pero la evidente prueba de que a la joven no le habla ocurrido lo mismo, la tuvo en seguida, cuando ella, con un gesto de sorpresa, dijo:

—¿Cómo se atreve usted?

—¿Eh? —inquirió él estúpidamente, sin percatarse de lo chusco de

la situación.

Ella intentó cerrar la puerta, pero el pie derecho del detective fue mucho más rápido.

—¿Qué diablos le ocurre? —preguntó mirándola a los ojos.

Era hermosa y sus rasgos, contemplados ahora bajo la mortecina luz del vestíbulo, poseían una dulzura que la luz del día debía borrar, tal y como comprobó las veces que la vio en la calle.

Notó que la confusión ganaba a la muchacha y en el temblor de los labios vio que estaba nerviosa y hasta que tenia miedo.

—Quiero ver al doctor —dijo.

—¿Usted?

—Si. ¿Es que no puedo consultarle?

—Tendrá que pedir número para otro día; tenemos todas las horas comprometidas hasta dentro de un par de semanas, por lo menos.

Pensó él en Denis y su voz se hizo más tímida.

—¡Por favor, señorita! ¡Se trata de algo de la mayor urgencia!

—Lo lamento sinceramente...

—¡Es cuestión de vida o muerte!

—¿Por qué no se dirige a otro médico? Ya sabe que el profesor Weiban no se dedica más que a tumores cerebrales.

—Se trata, sin ningún género de dudas, de un tumor...

—¿Cómo se atreve a afirmarlo?

Él empezó a perder la paciencia.

—Escuche, preciosidad. Malditas las ganas que tengo de promover un escándalo; pero si usted me empuja a ello, no tendré el menor inconveniente en forzar la entrada de esta casa, saltarme a la torera

todos los enfermos y entrar, cueste lo que cueste, en el despacho del doctor.

Habla algo en la mirada de él que convenció plenamente a Doris de que no bromeaba.

Se hizo a un lado.

—Está bien. Consultaré su caso con el profesor; pero estoy casi completamente segura de que no le recibirá.

—No corra tanto, palomita. Dígale que vengo de parte del inspector Denis Leweer, de Scotland Yard.

Ella parpadeó visiblemente, y Ralph pudo contemplar a su gusto la belleza profunda de sus ojos verdes.

—Tenga la amabilidad de pasar.

—Así me gusta...

La sala de espera estaba completamente vacía, lo que demostraba que el médico debía, en aquellos momentos, recibir al último de sus enfermos.

Steiber encendió un cigarrillo.

Estaba nervioso.

Comprendía, ahora, que se había lanzado valientemente a la arena, que podía decir muy poco al doctor y que éste, naturalmente, exigiría la presencia del enfermo.

Tentado estuvo de salir silenciosamente de la sala y de la casa; pero cuando sopesaba el pro y el contra de aquella nueva manera de ver las cosas, la puerta del despacho se abrió y el doctor se presentó.

—¿Hace el favor de pasar?

Ralph obedeció con el corazón encogido.

—Tome asiento, señor...

—Ralph Steiber.

—¿Qué desea el inspector Leweer?

—¿La conoce usted?

—No personalmente; pero es lo suficientemente conocido para que ningún londinense agradecido lo olvide.

—Está muy enfermo, doctor.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no ha venido él personalmente?

—Estoy seguro que no me hubiese hecho caso, si se lo hubiera propuesto.

Guardaron silencio unos instantes; luego, decidido, Ralph explicó todo lo que sabia.

Se dio cuenta, con una sorpresa formidable, que a medida que avanzaba en su coito relato el médico iba palideciendo.

¿Tan grave era lo que Denis padecía?

Al terminar y en vista del silencio que guardaba el facultativo, el detective inquirió:

—¿Es muy grave, doctor?

E! otro le miró fijamente.

—Voy a hacerle una pregunta, señor Steiber.

—Las que quiera.

—¿Estuvo usted cerca del inspector?

—Sí, ya se lo dije. Me senté a su misma mesa en ese salón al que aludí antes.

—Es verdad. Y, escuche con atención, ¿experimentó usted alguna particular sensación al estar a su lado?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si sintió algo; compasión o pena, por ejemplo.

Ralph, sin saber exactamente por qué, se estremeció.

—Si…, ahora recuerdo —balbuceó—. Fue una sensación desagradable…

—¡Concrete, por favor! ¿Qué es lo que experimentó?

—ASCO.

—Lo esperaba.

—¿Cómo? ¿Usted sabía?

—Si.

Y le explicó, seguidamente, cuanto sabia acerca de aquel desconocido mal que, según la información del detective, habla atacado, en tercer término, al inspector Denis.

—¡Es horrible! —exclamó Ralph cuando el doctor hubo terminado —. ¿De qué se puede tratar?

—No lo sé aún; pero puedo asegurarle que estoy dedicando todo mi tiempo a estudiar este curioso fenómeno…

Miró a su visitante con renovada curiosidad.

—Necesitaba hacer una prueba y usted ha llegado en el momento preciso.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hace unos instantes, le he relatado lo que le ocurrió a la secretaria de mi amigo, cuando éste estaba en América. Me refiero a lo que explicó el chófer.

—Perfectamente.

—Por otro lado, que esa extraña «cinta» sea visible a los rayos X

nos asegura de su naturaleza material.

—No le entiendo muy bien, doctor.

—Ni es necesario; algún día, cuando hayamos descubierto totalmente esto, se lo explicaré con toda clase de detalles. Lo que ahora interesa es actuar, obrar lo más velozmente posible.

—En eso estoy perfectamente de acuerdo, profesor.

—El tremendo dolor de cabeza que sufrió la señorita Weber, cuando se alejaba de Londres, significa que esa «cinta», después de haber dado de si cuanto le fue posible, amenazó romperse...

—¿Y qué quiere que hagamos? —inquirió el detective, adivinando ya el objetivo del médico.

—Repetir la experiencia con el inspector Denis. Si tenemos éxito, habremos sabido ya encontrar una arma adecuada para luchar contra esas «cintas». Liberaremos a cuantos se vean afectados por ellas... Después investigaremos algo que no deja de rondarme un solo instante.

Steiber, dominado por la curiosidad, preguntó:

—¿De qué se trata?

—De saber de DÓNDE PROCEDEN LAS CINTAS.

—¿Cree usted entonces que provienen de algún sitio? ¿Que alguien las ha lanzado contra esos desdichados?

—Demasiadas preguntas, mister Steiber; demasiadas preguntas que yo sería el primero en desear poder contestarlas.

—Pero... ¡hasta puede tratarse de una maniobra criminal!

—Podría ser, pero me extrañaría mucho. No me atrevo a sentar hipótesis alguna; porque el sólo imaginarlo me pone los pelos de punta...

Ralph no insistió.

—¿Cuándo quiere que realicemos esa experiencia?

—Mañana. ¿Tiene usted coche?

—Si, un «Scott».

—De acuerdo. En cuanto tenga con usted al inspector, viene a buscarme. Abandonaré todo el trabajo para acompañarlos...

—Perfectamente.

Se levantaron y el doctor acompañó a Steiber hasta la puerta. Allí, estrechándole efusivamente la mano, dijo:

—Me alegra mucho haberle conocido, Steiber.

Luego, ya con su enfermera, añadió:

—Es un muchacho formidable: con su ayuda creo que podremos poner muchas cosas en claro.

Ella no dijo nada, pero sonrió. Después de todo, le gustaban los hombres audaces como Steiber.

CAPITULO IV



L coche corría hacia las afueras de Londres…

No le habla costado mucho a Steiber convencer a Denis. Además la presencia del doctor habla tranquilizado mucho más al policía, al que Ralph habla contado una «historia» de una investigación que preocupaba intensamente a Weiban.

A pesar de ir al lado del Inspector, el médico no hacía más que verificar cálculos mentales, con el deseo de saber a qué longitud de la ciudad empezarían a presentarse los dolores de cabeza que atestiguarían que la cinta empezaba a sufrir los efectos de la tracción.

Por más vueltas que daba al problema, menos claro lo vela. Indudablemente, Steiber había dicho algo muy razonable al pensar que aquello fuese una actividad criminal y, de sello, nadie más podía haberla realizado que un hombre de ciencia, un loco o un ambicioso, cuyos proyectos no podían ni adivinarse aún.

—¿Se encuentra usted bien, inspector? —inquirió.

—Perfectamente.

Weiban lanzó otra ansiosa mirada por la ventanilla. La circulación les había hecho retrasarse grandemente y, en aquel momento, empezaban a salir del centro urbano de la ciudad. Media milla más y la carretera libre se ofrecerla a ellos.

—No vaya excesivamente de prisa —dijo a Steiber, que, con mano experta, maniobraba el volante.

Éste asintió con la cabeza, sin volverse.

No estaba muy tranquilo el detective.

Poco versado en cosas médicas, temía que pudiese ocurrir algo a Denis; algo que le colocaría en una situación bastante difícil…

Abandonó Cower Road, saliendo a la carretera por aquel punto. A pesar de la recomendación de Weiban, apretó el acelerador.

Los minutos pasaban tremendamente lentos, silenciosos y como preñados de siniestros presagios.

De reojo, el médico observaba atentamente al policía que, por su parte, siendo el sujeto de la tremenda experiencia que se iba a llevar a cabo, permanecía indiferente por completo a cuanto le rodeaba.

Inquieto, Weiban miró, por la ventanilla de atrás, hacia Londres que, envuelto en bruma densa, se perdía ya a lo lejos.

¿Fracasaría todo?

—Quizá Thomas, el chófer de Scott, había exagerado la nota, creyendo ver cosas que no habían existido más que en su imaginación.

Fue en aquel preciso instante cuando Denis exhaló un débil quejido; luego, volviéndose hacia Weiban, exclamó:

—¿No tiene una pastilla, doctor? Me está empezando a doler la cabeza de una manera horrible.

El médico hurgó en sus bolsillos, tendiendo un tubo al policía.

—¿Quiere que nos detengamos para que la tome con agua?

—No, no es necesario; muchas gracias.

Tomó dos, una tras otra, tragándolas con facilidad.

El médico esperó unos instantes.

—¿Qué tal? —inquirió.

—El dolor va aumentando…

El grito se produjo dos minutos más tarde. Fue un alarido infrahumano, al tiempo que Denis se llevaba las manos a la cabeza.

Ralph paró en seco.

—¿Qué ocurre?

—¡Siga, desdichado!—gritó roncamente el doctor—. ¡Acelere cuanto pueda!

—Pero...

—¡Obedezca!

Mordiéndose los labios, Steiber oprimió el acelerador a fondo. Un nuevo alarido de Denis le heló la sangre.

El desdichado, con el rostro cubierto con sus manos, gritó como un animal herido de muerte.

—¡Paren! ¡Paren! ¡NO puedo más!

—¡Siga! —rugió Weiban.

Denis se desplomó bruscamente. Al hacerlo, casi sobre las rodillas del médico, la sangre de la cabeza salpicó los pantalones de Weiban.

—¡Pare, Steiber! —gritó éste.

Los frenos chirriaron y el vehículo se detuvo en seco.

Abandonando su sitio, Steiber saltó fuera abriendo inmediatamente después la portezuela y penetrando como una tromba en la parte posterior del coche.

—¡Lo ha matado usted! —gritó con rabia.

El médico, arrodillado junto a Denis, al que habla logrado tender sobre el asiento, tenia el estetoscopio colocado y auscultaba al policía; no obstante el aparato, oyó perfectamente la exclamación del joven.

Esperó unos instantes; luego, tras quitarse los puntiagudos auriculares, se volvió a Steiber.

—Está vivo —dijo lentamente.

El rostro de Ralph se iluminó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

—De todas formas, hemos de regresar rápidamente a casa. Está perdiendo mucha sangre.

—¿Se ha golpeado al caer desmayado?

—No. La herida de la cabeza se la ha producido la «cinta» al desprenderse bruscamente.

—¡Qué horror!

—Vamos, aprisa, Steiber. Le haremos una transfusión.

* * *

Clark Bell escupió con rabia; luego, como solía hacer cuando tropezaba con algún problema que excedía a sus poderes, se quitó la chistera mugrienta que llevaba y se rascó, con verdadero placer, su encrespada cabellera blanca.

Miró nuevamente a la esfera.

«Debe de pesar más de cuatrocientas libras», se dijo con cierta inquietud.

Volvió a escupir.

Decididamente, la suerte le volvía la espalda.

Encontrarse aquella hermosa cantidad de metal y no poder llevársela a la choza. Justamente, la última semana —los asuntos iban tan mal y el «whisky» era tan diabólicamente necesario —había vendido el burro con el que solía recoger, en el carro, las basuras del

distrito. Además, ya sin burro, vendió, mejor dicho, traspasó sus derechos a Harold, aquel estúpido que se iba haciendo rico...

¿Qué hacer?

Porque, pasase lo que pasase, no podía desaprovechar tan maravillosa ocasión, ya que un técnico como él no había tenido más que echar una ojeada a la esfera que tenia delante, para calcular que, por lo menos, el viejo chatarrero le darla una buena docena de libras.

¡Doce libras!

Bell hizo un esfuerzo para imaginar la longitud que tendrían los vasos de «whisky» que podían comprarse con doce libras; luego, amante innato de las matemáticas, se esforzó por hallar el volumen de aquel precioso líquido y, llevado por su entusiasmo, llegó hasta intentar calcular el placer que le proporcionaría tanta bebida.

«Tendré para cuatro semanas», se dijo, relamiéndose por anticipado.

Pero, casi en seguida, concentró su poder mental en la esfera, preguntándose de qué manera podría llevársela al chatarrero.

Porque no estaba dispuesto a compartir su hallazgo con nadie y menos con aquel pretencioso de Harold, que se reiría bonitamente de él.

Maldijo el momento en que habla vendido el burro; pero, como el pasado no tiene remedio, Bell, hombre positivo, además de realista, empezó a sopesar las posibilidades que se le presentaban.

Finalmente, decidido, se dijo que tendría que trasladar tan precioso tesoro con el carro que aún tenía y que, habiéndose desprendido lamentablemente del asno, tendría —sin duda— que suplantar al animal.

No le hacía mucha gracia, pero no tenia más remedio.

De todas formas, debía, antes que nada, enmascarar su hallazgo y ocultarlo a los ojos de los que, como él, basureros, pasasen por aquel lugar.

Trabajó con ardor durante cerca de una hora y al terminar, lanzó un suspiro de satisfacción, ya que la esfera quedaba completamente oculta y nadie, ni el más hábil buscón, podía hallarla.

Aquel día no se encontró con fuerza suficiente para ir a buscar su tesoro; pero, al día siguiente y muy de mañana, salió de su covacha tirando de carro y dirigiéndose hacia el lugar donde se hallaba la esfera, luchó denodadamente, durante casi toda la mañana, para subirla al carro.

Sudó de lo lindo, pero lo consiguió.

Las manchas de barro ocultaban el objeto lo bastante para que nadie se diese cuenta del valor de la cosa. Al llegar a su casa, se encontró tan débil que pasó toda la tarde durmiendo a pierna suelta.

Al anochecer, penetró en la habitación donde había colocado la esfera y la limpió cuidadosamente. Bajo la luz del quinqué, aquel objeto tenía un aspecto demasiado bueno para que Clark no tuviese que modificar sus cálculos y llegar hasta las treinta libras esterlinas, por lo menos.

Se frotó las manos.

Se sentía dichoso como hacia tiempo no lo estaba.

Luego se preguntó si en el interior de aquella esfera no le aguardaba una sorpresa mucho más agradable que la que le había causado su hallazgo. Sé despreció olímpicamente al llegar a la conclusión de que debía haber pensado antes en lo que podía ocultar el esférico objeto.

Buscó, con manos temblorosas, la manera de abrirla.

Pero tuvo que abandonar sus propósitos.

Ni los golpes, ni nada de lo que intentó logró rayar siquiera el duro material de que estaba hecha la esfera. Finalmente, rendido nuevamente de cansancio, se dejó caer en el camastro que había en la vecina habitación, quedándose profundamente dormido.

Apenas había transcurrido media hora desde que los ronquidos del buscón se dejaban oír en la tranquila noche, cuando la esfera giró

lentamente. Instantes más tarde, una fisura se abría silenciosamente en ella y por allí, por la ranura que se había abierto, empezó a deslizarse una especie de substancia gelatinosa, de cierta densidad y que se escurría suavemente por el metal de la esfera hasta que llegó al suelo.

La visión era sencillamente dantesca.

La mancha gelatinosa no debía tener más de veinte centímetros cuadrados de extensión, pero estaba dotada de una vida tan particular, de unos movimientos amiboideos tan precisos, que no necesitó ninguna clase de orientación secundaria para arrastrarse, a una cierta velocidad, hasta las cercanías del desharrapado buscón.

Tampoco dudó para, junto al borde que dibujaba el traje viejo de Bell, seguir, sin duda alguna, una dirección que la llevaba hacia la cabeza. Una vez cerca del rostro, la «cosa» empezó a trepar suavemente por la sucia mejilla del pordiosero. Éste, en determinado instante, se movió inquieto, como si padeciese alguna extraña pesadilla; después, cuando la «cosa» llegó a la sien derecha, Bell lanzó un suspiro, seguido de un escandaloso ronquido y siguió profundamente dormido.

Entretanto, la «cosa», ya en la frente, se detuvo unos instantes, como si se hubiese fatigado después de aquella larga marcha; pero no era así, sino que se movía, esforzándose en algo que no era prácticamente visible.

De repente, su tamaño fue decreciendo hasta que... ¡desapareció!

Sólo una pequeña huella, como la molesta picadura de un mosquito quedó en la frente del buscón.

Nada más.

* * *

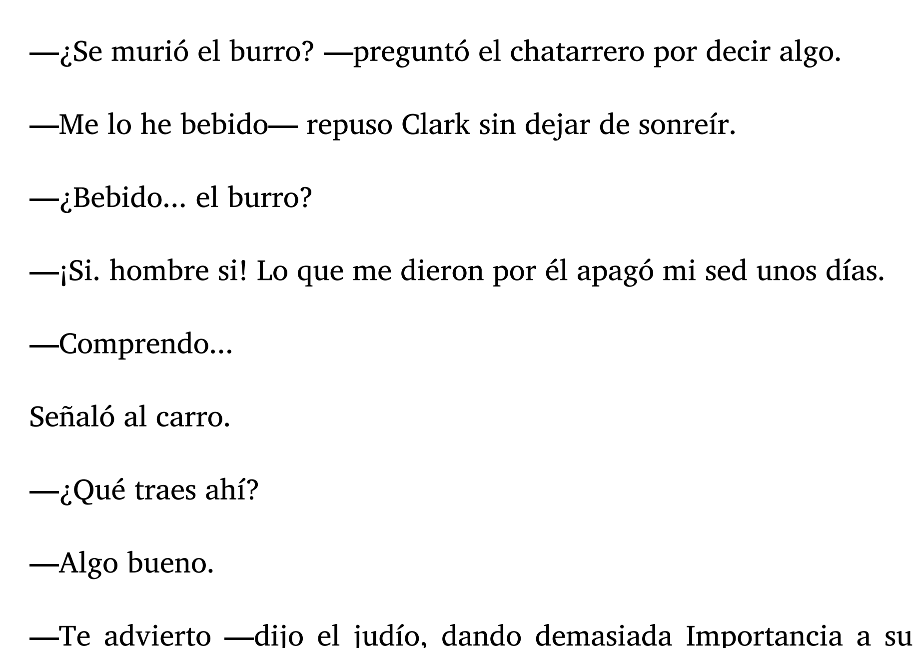
Jim no se llamaba así; además, tan juvenil nombre no hubiese encuadrado con un rostro que parecía ir gritando, a los cuatro vientos,

su origen israelita.

Que los conocidos le llamasen Jim ya era otra cosa; pero el viejo chatarrero debía tener un nombre en el que Isaac, Salomón o David debían tener su natural sitio.

Cuando vio que Bell se acercaba, tirando penosamente del carro, intentó adivinar la cosa que el otro podía esconder envuelta en sacos. Por la forma, dedujo que se tratarla de un viejo sillón y ya calculó, mientras se frotaba las manos, que cuatro chelines serian más que suficientes para que aquel degenerado calmase, eventualmente, su insaciable sed de «whisky».

Bell se detuvo ante el viejo judío y le miró sonriente; después, tirando bruscamente de su camisa, sacó el faldón con el que, sin ninguna clase de prevención, se secó el sudoroso rostro.



—¿Se murió el burro? —preguntó el chatarrero por decir algo.

—Me lo he bebido— repuso Clark sin dejar de sonreír.

—¿Bebido… el burro?

—¡Si. hombre si! Lo que me dieron por él apagó mi sed unos días.

—Comprendo…

Señaló al carro.

—¿Qué traes ahí?

—Algo bueno.

—Te advierto —dijo el judío, dando demasiada Importancia a su intuición— que tengo el almacén atiborrado de muebles y que…

—¿Quién te habla de muebles? —le interrumpió el otro con un gesto de desprecio.

Y señalando a su vehículo, añadió:

—Ayúdame a descargar; pesa bastante.

Intrigado, el israelita pudo comprobar que lo del peso, al menos, era verdad. Más de diez minutos les costó introducir la esfera en el interior de la destartalada tienda de Jim.

Una vez allí, Bell quitó rápidamente las telas de saco que envolvían su tesoro. Le hubiese gustado poderlo descubrir de un solo golpe, como lo habla visto hacer a un prestidigitador en un circo barato; pero las arpilleras fueron deshaciéndose una a una.

De todas formas, cuando la esfera estuvo al descubierto, el chatarrero no pudo evitar una exclamación de sorpresa que no obstante, supo ahogar a tiempo, de forma a que el otro no se percatase de su naciente entusiasmo.

Por su lado, Clark no tenía en aquel momento necesidad de mirar al judío para adivinar lo que pasaba detrás de los rizos negros y de la estrecha frente de Jim.

Porque lo que le estaba sucediendo a Bell era más que maravilloso.

Al principio, naturalmente, le dio miedo; seguidamente, atribuyó todo aquello a la respetable cantidad de «whisky» que había bebido en su ya larga vida; después, a medida que «dominaba» su nueva «facultad», se sintió extraordinariamente satisfecho, no extrañándose absolutamente de nada y considerando lo que le estaba ocurriendo como la cosa más normal del mundo.

Y como maravillosa, era maravillosa.

Porque Bell, el viejo y desastroso Bell, ESTABA OYENDO EN SU CEREBRO LO QUE EL JUDIO IBA PENSANDO DE LA CAMPANA.

«Es de metal y completamente nueva —se decía el otro—. De todas formas, este borrachín se conformará con una libra...»

«¡Que te crees tú eso!», se dijo Clark.

Y en voz alta inquirió:

—¿Cuánto ofreces, Jim?

El otro dudó, se frotó las manos, llamó en su auxilio a todas las exclamaciones despreciativas que encontró a mano.

—Debe ser de muy mal metal —dijo—. Además está hueca, lo que disminuye su valor grandemente...—debió hallar la fisura abierta por la «cosa»—. ¿Qué habla dentro, Bell?

El otro se acercó al orificio y lo examinó con sorpresa; después metió el brazo, recorrió con la mano abierta el interior de la esfera, sacándola después.

—Está vacía y pegajosa —dijo.

Los pensamientos del judío volvieron a llegar hasta él.

«Debe de ser de acero puro y está completamente nueva... ¿Dónde diablos la habrá encontrado... o robado? ¡Al menos vale cien libras!»

—¿Cuánto ofreces? —volvió a preguntar.

—Podría darte hasta una libra... —repuso el otro.

Bell le hubiese saltado a la garganta, loco de furia; pero aquí llegó la segunda ocasión de sorprenderse.

Algo nuevo se estaba despertando en su interior y acababa de tener conciencia de que un tremendo poder se estaba desarrollando en su mente.

¿Cómo pudo percatarse de tal cosa?

Nunca lo sabría.

Lo cierto fue que no dijo nada, limitándose a «ordenar», sin abrir los labios, que el judío le entregase sesenta libras. Evidentemente, aquélla era la primera vez que Jim daba a alguien una cantidad tan crecida.

Aun al salir de la casa del israelita, empujando su carro, mientras silbaba entre dientes una vieja canción londinense, Bell no se había percatado, en toda su extensión, del profundo cambio que se estaba obrando en él. Pasarían algunos días antes de QUE DEJASE DE EXISTIR; pero, a partir de aquel momento, su personalidad darla paso a la que ya se estaba abriendo camino por entre las sencillas curvas «le su infantil y primario cerebro.

CAPITULO V



L lado de las preocupaciones que se le habían presentado al intervenir en la experiencia del doctor Weiban, Steiber encontró la posibilidad de ver con una mayor frecuencia a la deliciosa enfermera, ya que iba un par de veces por día a ver al inspector a quien el médico habla instalado en su propia casa,

Ralph habla sido el encargado de prevenir a la familia, así como de comunicar al Yard que Denis habla sufrido un pequeño accidente y que el doctor Weiban lo estaba tratando.

Pero, a pesar de tener ahora muchas más ocasiones de estar junto a Doris, el profesor le dejaba disfrutar muy poco de estas oportunidades, ya que estaba dispuesto a repetir la experiencia que habla realizado con Denis, en las personas del Ingeniero y la secretaria de su amigo Scott.

Ambos seguían casi igual a como el doctor los vio; no obstante, tanto él como ella parecían más despiertos, menos adormecidos y los errores cometidos en los cálculos por Cowen no se hablan repetido más.

Por otra parte, Scott manifestó claramente a Weiban que ya no habla vuelto a sentir sensación de asco ante sus empleados afectados por aquella misteriosa enfermedad.

Habla que llamarlo de alguna manera.

—Entonces quiere usted que repitamos la experiencia del coche con esos dos nuevos «pacientes», ¿no es eso?

—Si, amigo mío.

Y luego, con voz un tanto trémula, dijo:

—No puedo decir aún, porque yo mismo no lo sé cierto, al tipo de conclusiones que me están conduciendo mis estudios sobre este asunto; pero, con toda franqueza y por lo que puedo atisbar, va a ser una de las cosas más horribles que usted haya conocido en su vida.

—No me he imaginado nunca que se tratase de nada agradable.

—No me refiero a eso, Steiber; lo agradable o desagradable no puede representar, en este caso, papel alguno: estorban; son conceptos que no nos sirven para esto. Habrá que aplicar otras palabras de mucha mayor trascendencia y que deseo con toda mi alma no signifiquen el peligro que. fatalmente, preveo.

—¿No puede aclararme más las cosas?

—Lo siento, amigo; pero, no obstante, le prometo que usted será el primero en ver con sus propios ojos este nuevo y extraño peligro. Antes que nadie, usted y yo lo conoceremos…

—Perfectamente, profesor. ¿Para cuándo la experiencia número dos?

—Para esta tarde, joven amigo.

Salió del despacho, dejando al doctor en él y se dirigió hacia la


salida de la casa, tropezando en el vestíbulo con la hermosa Doris.

—¡Perdón! —se excusó él.

—No tiene importancia.

—Para usted no —repuso él vivamente—; pero, por favor, señorita, no debe usted ignorar que estos tropiezos son muy perjudiciales para la tensión arterial.

* * *

No fue nada difícil Invitar a la señorita Weber y al joven ingeniero a dar una vuelta en el coche del doctor. Naturalmente, el detective había asumido, una vez más, el papel de conductor.

Se hablan puesto de acuerdo con el médico para seguir el mismo camino que tomaron con el inspector y, siguiendo instrucciones de Weiban, Steiber no debía acelerar hasta el momento en que ambos «pacientes» empezasen a sentir aquellos horrendos dolores de cabeza que se producían antes de la «ruptura».

Mientras las tres personas que iban en la parte posterior del coche hablaban de cosas intrascendentes, el detective dejó que su imaginación corriese libremente y se puso a pensar en aquel problema, teniendo que confesarse que jamás, en toda su carrera policiaca, había tropezado con algo tan extraordinariamente absurdo.

A veces, se autoconvencía de que todo aquello no era más que el resultado de un invento de alguna potencia enemiga y que se estaba ensañando sobre Londres y sus habitantes, no con muy buenos propósitos.

Era la cosa más lógica que podía encontrar entre las muchas hipótesis que rondaban por su cabeza.

Sonrió, al encender un cigarrillo.

—¡A! diablo todo esto! —dijo en voz baja—. Prefiero pensar en

Doris; es mucho más agradable, aunque el doctor se empeñe en que esa palabra no le sirve.

A Weiban podía o no servirle tal adjetivo; pero de lo que Ralph no podía dudar es que «agradable» podía aplicarse, sin escrúpulos de conciencia a aquella deliciosa muchacha que seguía influyendo en su vida de una manera que, hasta entonces, no había logrado ninguna otra mujer.

Estaban saliendo de Londres.

Steiber seguía a la misma marcha, obedeciendo amablemente todas las indicaciones de los guardias urbanos e íntimamente contento de no ir tan nervioso como la vez anterior.

Pero, de todas formas, al irse acercando al punto donde se produjo el final de aquel acto, en el que el pobre inspector Denis había sido el protagonista, no pudo evitar una sensación de angustia, que fue creciendo a medida que se acercaba a la zona fatal.

Clara fue la primera en resentirse.

—Me duele mucho la cabeza, doctor —dijo.

El médico logró una sonrisa forzada.

—Llevo unos comprimidos estupendos. Son nuevos y me los han enviado directamente desde Suiza.

—Deme uno, por favor…

No hablan transcurrido cinco minutos cuando Cowen se pasó la mano por la frente.

—¡Qué raro!—murmuró en voz baja—. También me duele a mí la cabeza.

—Debe de ser cosa del tiempo —repuso vivamente Weiban.

Y obsequió al ingeniero con un par de pastillas. Luego, ansiosamente, lanzó una mirada por una de las ventanillas.

Estaban llegando.

Por fortuna, Clara, reclinada en el cómodo asiento del coche, parecía haberse adormecido. Aquello facilitaba extraordinariamente el papel del médico, ya que luchar con dos pacientes a la vez le parecía, ahora que el momento fatal se acercaba, demasiado peligroso.

Le dolió no haber invitado a su ayudante para que les acompañase; aunque, al hacer memoria, recordó perfectamente que se lo habla insinuado, pero que ella se excusó por un motivo que el médico no recordaba ahora.

Dejó de pensar en su enfermera y observó detenidamente a los dos pacientes.

Clara estaba profundamente dormida; en cuanto a Cowen, excesivamente nervioso y pasándose la mano constantemente por la frente, miraba al doctor de una manera especial.

—¿Por qué hace usted esto, doctor Weiban?—dijo de repente.

El médico le miró extrañado.

—¿A qué se refiere?

El otro sonrió cínicamente.

—No disimule, profesor. Usted está haciendo una nueva locura, pero no logrará absolutamente nada; se lo aseguro.

—Le estarla muy agradecido que me explicase claramente lo que dice; palabra de honor que, no entiendo ni una sola palabra.

—No puedo decirle nada más, doctor. Pero, de todas las maneras, puede estar seguro de que fracasará. Nada de lo que intenta hacer le servirá ESTA VEZ...

Ei médico sintió Un sudor frío que le perlaba la frente. No había creído que lo que esperaba SE PRODUJERA TAN PRONTO.

Venciendo un cierto temor que le atenazaba, se dispuso a seguir hablando con el otro.

—¿De qué se trata, Harry?

—Le interesa, ¿eh? ¡Ya lo sabrá, profesor! Muy pronto lo sabrán todos; pero, como le he dicho antes, tendrá que esperar porque, por el momento, no puedo decirle nada más.

Justamente, en aquel momento, Steiber, que vio que se acercaba el lugar «de la otra vez», se volvió hacia atrás para esperar la seña que debía darle el médico.

Este, que también había mirado hacia adelante, asintió con la cabeza.

Ralph oprimió ferozmente el acelerador.

Tardaron bastante tiempo en percatarse de lo que había ocurrido. Las dos explosiones que desgarraron el silencio las interpretaron como producto del tubo de escape; sin embargo, Steiber fue el primero en darse cuenta y echó mano al freno mientras el vehículo realizaba un curioso y peligroso vals, yendo de un lado a otro de la carretera.

—¡Vamos, Clara!

La joven se despertó como por ensalmo y el ingeniero la ayudó a bajar, cuando ambos lo hubieron .hecho, Cowen se volvió sonriente hacia Weiban.

—No vuelva a hacerlo; usted es un hombre inteligente, pero la próxima vez no podríamos perdonarle...

Corrió, sin soltar la mano de la joven, hacia un coche estacionado una treintena de metros más atrás. Subieron a él, giró el vehículo suavemente y partió hacia Londres, acelerando rápidamente.

Steiber y el doctor se quedaron mirándose, durante unos instantes, sin saber qué decirse, mudos de sorpresa.

Ralph bajó del coche y echó una mirada a las ruedas posteriores.

—Han reventado las dos —dijo al médico que también había descendido del vehículo.

Weiban tenía el entrecejo profundamente fruncido.

—Es algo tan horrible... —dijo en voz apenas audible—, que no me

atrevo ni a imaginarlo.

—¿De qué se trata, doctor? —inquirió el detective.

—Del mayor peligro que se nos opuso jamás, amigo mío. Hemos de regresar inmediatamente a Londres. Iremos, directamente, al War Office. Las defensas del país deben ponerse en marcha. Por otra parte, deseo hablar con el profesor Tulliman, especialista en colorantes y que trabaja para el gobierno.

—¿Tan grave es el asunto?

—No puede usted imaginarse hasta qué punto, Steiber.

El profesor le ayudó a colocar el coche a un lado de la carretera, no siéndoles difícil encontrar un vehículo que les llevó hasta la ciudad. Una vez en las afueras, cogieron un taxi.

Cuando se encontraron en el interior del imponente despacho del secretario del: War Office, Ralph experimentó una rara sensación de incomodidad, preguntándose si aquella extraña locura no se había apoderado igualmente del doctor.

«Sería lamentable —se dijo —que me viese envuelto en un asunto tan estúpido como absurdo.»

Pronto salió de dudas.

Después de que el doctor Weiban hubo expuesto al secretario todo lo que Ralph ya sabia, más algunos otros detalles que desconocía, el detective se percató de la sombría expresión del hombre que tenían enfrente.

—No sabe cuánto me alegra, doctor Weiban, que haya usted venido a verme. En realidad, este Departamento desconocía las interesantes cosas que usted acaba de decirme; pero, de todos modos, teníamos ya algunas concretas sospechas.

—¿Eh? —inquirió el médico —. ¿Cómo es posible?

El secretarlo se había levantado de su sillón giratorio.

—Tengan la amabilidad de seguirme. Mientras nos dirigimos a los

laboratorios haré que avisen al profesor Tulliman, al que usted desea ver. Trabaja muy cerca de aquí.

Un ascensor privado les condujo a los sótanos. Tuvieron que esperar unos instantes mientras el secretario telefoneaba, ordenando que el profesor Tulliman se presentase lo antes posible.

Una vez bajo tierra, recorrieron un estrecho y mal Iluminado pasillo, deteniéndose ante una puerta que se abrió momentos más tarde.

La estancia, aunque amplia, parecía mucho más pequeña debido a la gran cantidad de estantes que había a lo largo de las paredes. Avanzaron por el espacio libre hasta llegar a una parte donde la habitación se ensanchaba notablemente.

En e| centro, arrodillados, dos hombres examinaban una esfera. Uno de ellos tenia en la mano un pequeño soplete, cuya azulada llama paseaba por la superficie de la esfera.

—Mister O’Connor...

El más viejo de los dos hombres arrodillados se levantó. Era minúsculo, increíblemente pequeño, pero su frente denotaba una inteligencia poco común.

Se acercó a los recién llegados.

—Es el profesor O’Connor —presentó el secretario—. Haga el favor de ponernos en antecedentes.

—Estamos examinando una de las dos esferas que hemos encontrado —dijo el hombrecillo—. Su estructura nos plantea tremendos problemas, ya que desconocemos completamente la clase de material con el que se han fabricado.

—¿Qué insinúa usted? —se atrevió a preguntar el doctor Weiban.

El hombrecillo le miró fijamente; luego, con voz neutra, en la que no se percibía emoción alguna.

—Estoy plenamente convencido de que estas esferas tienen un origen extra terreno...

—¡Luego es verdad! —exclamó Weiban.

El secretarlo del War Office asintió con la cabeza: luego, en breves palabras, puso a O'Connor al corriente de los descubrimientos del médico.

—No hay duda —resumió el funcionario —de que se trata de un peligro, que nos llega del espacio. Sabemos, hasta ahora, muy poco de él; pero lo bastante para prepararnos a una lucha cuyo final es imposible prever.

La llegada de alguien, por su espalda, le hizo detenerse.

—¡Ah, es usted, profesor Tulliman!

Se hicieron las presentaciones y le tocó a Weiban volver a explicar lo que sabia; luego, antes de terminar:

—Tenia mucho interés en verle, profesor Tulliman—dijo—. Usted es especialista en colorantes y como supongo que esas raras cintas que salen del cráneo de los afectados por el enemigo, poseen una estructura material, ya que son visibles gracias a los Rayos X, desearía encontrar una sustancia que fuese capaz de colorear las cintas. De esa manera no habría más que seguirlas y descubrir el punto de donde provienen.

—¡Fantástico, doctor!—no pudo por menos de exclamar Ralph.

Le miraron todos con una sonrisa de simpatía.

Luego, el profesor Tulliman:

—Creo que podré serles de alguna utilidad. Si, como pienso, eso que usted llama «cintas», son concentraciones materiales invisibles a simple vista, poseo el colorante apropiado para que se hagan visibles con suficiente intensidad. Se trata de la «cromatina-18», un preparado de mi invención.

—Eso es muy interesante —repuso Weiban—, y ardo en deseos de ensayarlo.

—¿Cuándo podremos hacer la primera prueba? —preguntó el secretario.

Weiban se volvió hacia el detective y señalándole:

—Este hombre se ha prestado voluntariamente, desde el principio, a ayudarme y me ha sido de una gran utilidad. Creo que está dispuesto a seguir colaborando con nosotros. ¿No es así, mister Steiber?

—Si, señor.

—Él podría, con un poco de ese colorante y un aparato portátil de Rayos X, penetrar en las oficinas de Scott, desde fuera, investigar la dirección que siguen las «cintas»…

»Comprenderán ustedes que lo que nos interesa, más que nada, es saber de dónde parten esas cintas, ya que los individuos que las «padecen», por decirlo así, no obran conscientemente y no son, después de todo, más que meros esclavos que reciben órdenes de una mente superior que controla sus pensamientos.

»Los interesantes descubrimientos que, por otra parte, ha hecho el War Office, al estudiar esas misteriosas esferas, demuestran, sin ningún género de dudas, que nos hallamos ante una invasión cósmica, nada común con lo que los hombres habíamos temido hasta ahora.

Hizo una corta pausa.

—Siempre hemos pensado, al fantasear sobre una posible invasión de seres extraterrenos, en monstruos más o menos fantásticos, más o menos horribles, que descendiendo de desmesuradas astronaves, atacaban a los humanos con armas alucinantes.

¿Hasta ahora y por lo poco que sabemos, la realidad nos está demostrando que estábamos muy equivocados, y ha sido culpa de nuestra antropomorfa manera de concebir a los habitantes de otros mundos, que, a pesar de todos los caracteres monstruosos que les hemos prestado, no dejaban de poseer un cierto aire humano.

»El peligro que nos amenaza es tan tremendamente extraño que nadie hubiese podido concebirle antes. ¿Qué son, esas cintas que paralizan la voluntad de los humanos? ¿De dónde proceden? ¿Hacia dónde van? Esta última es la pregunta que hemos de saber contestar antes de que sea demasiado tarde. Porque, señores míos, no puede cabernos la menor duda de que esas cintas van a parar a la poderosa y criminal mente que las utiliza para medrar y hacer de nuestros

hermanos los más horribles enemigos del género humano.

CAPITULO VI



L colorante que el profesor Tulliman le había proporcionado iba en un depósito bastante grande que llevaba en el bolsillo derecho de la gabardina. En la mano izquierda y con la forma aproximada de una linterna mediana, llevaba el aparato portátil de Rayos X, un último modelo de reducido tamaño y de gran potencia.

Ralph bajó de su coche y lanzó una ojeada al gigantesco edificio donde reinaba Scott. A aquella hora de la tarde, en que ya había empezado a anochecer, las luces de las oficinas, en la segunda planta, estaban todas encendidas.

Weiban le había dicho que no seria seguramente necesario que penetrase en el edificio, ya que no convenía que se encontrase c6n Clara o con Cowen porque ambos estaban demasiado influidos «por lo

que fuese», como resultaba de las tremendas declaraciones que el ingeniero había hecho en el coche, poco antes ¿leí fracaso de la prueba que el doctor quería realizar, al igual que había hecho con el inspector Leweer.

Steiber no sentía miedo alguno, pero tampoco estaba completamente tranquilo. Hasta entonces, su vida habla transcurrido en lucha contra pillos y con criminales, sin mucha ayuda de la policía oficial. Se habla desenvuelto bastante bien, a pesar de haber chocado con algunos tipos verdaderamente «duros».

Pero, una cosa era luchar contra los granujas del Soho y otra enfrentarse con misteriosas «cintas», armado de un aparato de Rayos X y un frasquito lleno de un liquido de color anaranjado.

Suspiró profundamente.

Le habían ordenado volver a casa del doctor en cuanto viese algo de verdadero interés.

Ralph manejó el aparato de Rayos X, enfocándolo hacia las paredes del edificio. Casi en seguida estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa.

¡Las cinta!

Sí, allí estaban y brotaban de las paredes como delgados e invisibles tentáculos. Steiber las miró largamente, con una mueca de inexplicable repugnancia.

Recordó entonces el asco que había sentido ante el inspector y tuvo que confesarse que no era aquella la sensación desagradable que entonces le embargaba.

Era una angustia intraducible, vaga, como cuando se encuentra uno ante algo que no puede siquiera ni concebir…

Oprimió el botón que ponía en marcha el pulverizador del colorante.

Al principio, mientras oía el silbido que el líquido hacía al salir, fuertemente impulsado por el aire comprimido del depósito, no vio absolutamente nada. Luego, poco a poco, fue descubriendo unas

líneas, que, más que anaranjadas, se tornaban intensamente verdes, azuladas por zonas, delimitando visiblemente la trayectoria que seguían las misteriosas «cintas».

Se quedó con la boca abierta al ver la tremenda cantidad de ellas que se velan por todas partes. No se apreciaba dónde empezaban ni dónde terminaban.

—Es imposible que logre seguir la pista a una de ellas; me volvería loco —dijo en voz alta.

Dio la vuelta al edificio, intentando descubrir alguna zona en el que el manojo de cintas fuese menos complejo y facilitase su labor.

Pero fue inútil.

Regresó a su coche, maldiciendo su mala suerte y la enorme cantidad de cintas, que le habían impedido triunfar en aquella primera misión que le habían encomendado.

Se dirigió, ya en el vehículo, hacia el centro de la ciudad, marchando a poca velocidad y reflexionando sobre todo lo que acababa de ver.

Al llegar a la calle en la que habitaba el doctor Weiban, pensó que se había ganado un trago y penetró en el bar de costumbre, dirigiéndose directamente al mostrador.

La «barmaid» de costumbre estaba allí.

—¡Hola, encanto! ¿Quiere usted darme algo para mojar los labios?

Ella le sirvió un vaso de «whisky» e hizo ademán de agregar soda.

—No —protestó él con vehemencia—. Lo necesito puro.

—¿Disgustos... amorosos? —inquirió ella con una sonrisa burlona en los labios.

—Se equivoca, preciosa; ya no pienso en las mujeres.

—¿Es posible?

—Palabra. Ahora no me preocupo más que de cintas…

Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos; pero ya era tarde para retroceder.

—¿De cintas? —inquirió la muchacha.

—Si. Me han hecho representante de cintas de colores para solteronas…

—No será… una indirecta, ¿verdad?

—¡Jamás de la vida, muñeca! Nunca la he considerado solterona. Ni mucho menos.

—Gracias —dijo ella no muy convencida y alejándose para atender a un nuevo cliente.

Él se quedó pensativo, jurándose ser más prudente otra vez.

«No puedo evitarlo —se dijo—. Estas malditas cintas de todos los demonios me están empezando a ponerme nervioso…»

Alargó la mano para coger el vaso y…

—Imposible —mascculló entre dientes.

Un sudor irlo le empapó súbitamente la piel; luego, fuertemente sobrecogido, cerró los ojos como si estuviese plenamente convencido de que todo aquello no podía ser más que el efecto de una aberración óptica.

Volvió a abrir los ojos.

No, no podía caberle la menor duda.

De la cabeza del cliente que la «barmaid» estaba sirviendo, salía una tenue cinta verdosa que se enroscaba en el aire antes de salir por la puerta.

Se quedó frió.

—¿Se siente mal?

Era la «barmaid» que estaba ante él, sonriente como siempre.

—No —dijo él dejando caer unas monedas sobre el mostrador—. Tengo prisa y voy a irme…

De repente, como la otra vez, que no podía haber olvidado aún, experimentó una horrenda sensación de asco.

Miró hacia el cliente, pero éste había desaparecido mientras la muchacha hablaba con él.

«Debo estar perdiendo la razón» —se dijo.

Entonces, al levantar la cabeza para despedirse de la «barmaid», los cabellos se le erizaron de terror.

Porque, de la cuidada y bien peinada de aquella mujer, una cinta verdosa surgía hacia el techo…

Salió a la calle, ahogándose y tuvo que aflojarse la corbata para poder respirar a sus anchas.

Se apoyó unos instantes en el guardabarros del coche, suspirando profundamente.

Aquello era mucho más duro y complicado de lo que podía haber pensado jamás. La lucha, si no se daban prisa, iba a ser completamente inútil.

Pero no iba a ser el ver a la «barmaid» igualmente afectada la última sorpresa que le esperaba aquella tarde. Al levantar la vista, disponiéndose a cruzar la calle, para ver al doctor, se percató de que innumerables cintas flotaban en el aire, cruzándose en todas direcciones…

Se dio cuenta también de que desde que habla puesto el pulverizador en marcha se habla olvidado de cerrarlo.

* * *

El doctor Weiban abrió el balcón y se asomó a la calle; luego, lentamente, se volvió hacia Steiber.

—Tiene usted razón, amigo —dijo con voz sombría—. Esto ha llegado ya demasiado lejos.

—Pero —Inquirió el detective asombrado—, ¿cómo es posible que haya tantas malditas cintas? Y en tan poco tiempo.

—Quien sea —replicó el doctor—, quien sea —repitió—, nuestro enemigo, está trabajando aprisa. Se ha dado cuenta de que la raza que desea dominar es inteligente. Por eso se apresura, para ganar una batalla... que ya tiene casi completamente ganada.

—¿Cree Usted, entonces, que estamos definitivamente perdidos?

—No lo sé, Steiber; pero esto me sume en una desesperación lógica. Si tardamos en encontrar uno de los núcleos de los que salen estas cintas, estaremos, como usted acaba de decir, completa y definitivamente derrotados.

—¡Hay que hacer algo!

—Ya lo sé, amigo. Hay que hacer, buscar sin descanso...

—Yo lo haré, doctor. No volveré a mi casa hasta haber encontrado algo positivo...

Luego, tras una pausa:

—¿Qué cree usted que debemos encontrar, doctor?

—¿Se refiere usted a lo que andamos buscando?

—Si.

—NI yo mismo lo sé. Pero no importa. Cuando usted vea un lugar del que salgan muchas cintas, estará usted cerca de la solución del problema.

—Comprendo.

Estrechó la mano al doctor y salió del despacho, encontrando a

Doris en el pasillo.

Ella le miró con simpatía.

—¿Ha logrado algo, mister Steiber?

Movió la cabeza negativamente.

—Nada.

—¡Cuánto lo siento!

Ralph se detuvo ante ella y mirándola fijamente:

—Escuche, Doris. Ya sé que no es éste el momento, ni mucho menos, de hacer escenas de Romeo y Julieta: pero, de todas formas, y en vista de lo negro que se va poniendo el horizonte, tengo que decirle que la quiero. Y antes de que me mande a paseo agregaré que le he dicho esto para que haga el favor de cuidarse. Salga lo menos posible y llámeme en el momento en que me necesite. Mi teléfono es el 8-26-IL.

Doris sonrió.

—Me ha hecho usted pasar un mal momento, señor. Es la primera vez que un hombre se me declara... de ese modo. No se preocupe, mister Steiber, conozco su número de teléfono. El doctor me lo ha hecho aprender de memoria.

—¡Es usted un ángel!

—No tanto...

Hablan llegado a la puerta y él, después de mirarla con ternura, salió rápidamente, descendiendo las escaleras de cuatro en cuatro.

Acababa de pasar los mejores instantes de aquella maldita jornada.

Al llegar al portal, un hombre se cruzó con él, y fue sólo al hallarse fuera cuando se detuvo en seco.

—¿Dónde he visto yo a ese hombre?

Se rascó la cabeza, echándose el flexible hacia atrás. profundamente intrigado. Su profesión le habla enseñado a ser un excelente fisonomista, pero así que acababa de entrar no habla visto más que una rápida y difusa silueta.

No obstante, el tipo no le era desconocido.

Encendió un cigarrillo y se encogió de hombros. Después de todo, conocía a mucha gente para preocuparse de todos los que se cruzaban en su camino.

Iba a echar andar cuando un alarido tornó a dejarlo parado; pero esta vez su inmovilidad duró una corta fracción de segundo. Porque el grito había sido lanzado por una persona a la que, desde hacía unos minutos solamente, le unían muchas cosas.

¡Doris!

Penetró en el portal como una exhalación, con la pistola en la mano, dispuesto a todo.

Las escaleras le parecieron haber desaparecido, tal era la tremenda velocidad que llevaba. Iba a desembocar en el rellano cuando vio al tipo, cara a cara, que salía de casa del doctor.

Llevaba en la mano un cuchillo empatado en sangre y Steiber no dudó en apretar el gatillo fríamente.

El estampido de la detonación le ensordeció en el minúsculo rellano.

El hombre se dobló en dos, lentamente, desplomándose después de bruces.

Era el ingeniero Cowen.

Pasando por encima del cuerpo, Ralph penetró en ¡a casa, encontrando a la muchacha sin sentido, en el «hall». Después de darse cuenta de que no tenia nada, siguió avanzando hacia el despacho del doctor.

Weiban yacía muerto en medio de la alfombra, que ya se iba tiñendo de rojo. La herida del cuchillo le habla atravesado el corazón.

Al salir nuevamente al rellano, Steiber contempló el cuerpo del asesino. Y a pesar de que la luz de la escalera no era muy potente, pudo ver, con bastante claridad, cómo la CINTA VERDOSA QUE SALÍA DE SU CABEZA SE IBA REPLEGANDO LENTA, LENTISIMAMENTE. Y BAJANDO POR LA ESCALERA...

Entonces, decidido, forjó el más audaz plan que podía habérsele ocurrido a un hombre.

La cinta seguía bajando.

Steiber la miró sólo un instante.

Bajó por la escalera, hasta colocarse lo más cerca de la cinta.

Luego se quitó el sombrero.

Y esperó.

La cinta, al rozar sus cabellos, no le hizo experimentar sensación alguna. Después, CUANDO PENETRÓ DECIDIDAMENTE EN SU CABEZA, Ralph sintió un calofrío que le recorría la espalda.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Al abrir los ojos, Steiber se encontró en su cuarto, con las ventanas y contraventanas cerradas y un ambiente que demostraba que debía llevar muchas horas encerrado en aquel lugar.

Se encontraba muy débil...

Además, le era bastante difícil recordar todo lo que deseaba saber en aquellos momentos. Y lo verdaderamente sorprendente era que su curiosidad no se centraba en sus propios problemas, sino que sus preocupaciones eran de orden general.

Le hubiera agradado, por ejemplo, saber exactamente en aquellos momentos los efectivos exactos con que Su Graciosa Majestad contaba en sus dominios.

También le hubiera interesado informarse de los nombres de ciertos diplomáticos que conocían secretos militares de primera importancia.

Se levantó poco después. No experimentaba ningún dolor o molestia. Tan sólo un decaimiento que no dejaba de ser agradable. Le parecía como si su futuro no debiese preocuparle en absoluto.

Pero su aspecto parecía el de siempre.

Se vistió tan cuidadosamente como lo hacía siempre y bajó al «hall» del hotel, con el deseo de tomar algún alimento.

El conserje se acercó solicito.

—¿Se encuentra mejor, mister Steiber?

Él se dio cuenta entonces, por primera vea, de que debía haber estado enfermo, muy enfermo.

—Ya estoy bien, muchas gracias. ¿Puede hacer que me sirvan el desayuno en el comedor?

—En seguida, señor. Me alegro de que se encuentre totalmente bien.

—Gracias.

Se alejó unos pasos de la conserjería; pero, repentinamente y sin saber a qué podía obedecer aquella súbita curiosidad, se volvió de nuevo.

—¿Cuántos días he estado en cama, Thomas?

—Una semana, señor. Justamente se me había olvidado el decirle que ha sido llamado por varias personas.

Tomó un papel del cajetín de la llave de Ralph y leyéndolo en voz alta:

—Una señorita Doris llamó una vez cada día. También dijeron, desde el War Office, un tal Tulliman, que se pasase por allí en cuanto pudiese.

—Gracias otra vez, Thomas.

Arrinconó en un lugar de su memoria todo aquello, como si de

momento no le interesase en absoluto. Luego, después de haber desayunado copiosamente, salió a la calle.

Nada más hacerlo, lanzó una ojeada a la casa de enfrente, recordando entonces que el doctor Weiban habla muerto; pero lo que no pudo lograr recordar era cómo y por qué había ocurrido tal cosa. Por otra parte, le parecía como si de aquello hiciese ya mucho tiempo.

Su coche estaba junto al bordillo de la acera y hacia él se dirigió sin prisas. Recordó entonces que no tenía cigarrillos y sus ojos se volvieron hacia el bar donde solía beber siempre al salir o entrar en su hotel.

La «barmaid» le recibió con una sonrisa encantadora.

—¿Un paquete de cigarrillos, mister Steiber?

—Si.

No se preguntó ni se extrañó de que ella supiese lo que deseaba antes de que él formulase su petición.

Luego, cuando le pagaba, la miró más fijamente que de costumbre y ella, sin dejar de sonreír, se acercó un poco, inclinándose hacia él y en voz apenas audible:

—YA ES USTED DE LOS NUESTROS, MISTER STEIBER —le dijo.

Él asintió con la cabeza, experimentando una especie de orgullo infantil. Luego repuso:

—Sí, afortunadamente ya estoy con vosotros...

Y tras una corta pausa:

—Si. Él desea verle. Ya sabe usted dónde.

—Perfectamente. Hasta luego.

—Hasta luego.

CAPITULO VII



O pareció extrañarse de dirigir el coche con tanta certeza. Conocía aquellos sucios barrios del este de Londres, porque los habla visitado en muchas ocasiones, pero no podía recordar ni conocía concretamente a nadie de por allí. Sin embargo, ni una sola vez se equivocó, y su vehículo, bajo su mano segura, se Introdujo por el dédalo de callejuelas sucias y malolientes, hasta detenerse ante una casucha de lo más infame.

Bajó del coche y avanzó, decidido, hasta detenerse ante la puerta entreabierta.

—Pasa —oyó decir desde el interior.

Obedeció, sin dudar.

Las habitaciones, las pocas, estaban en estado desastroso y tan sucios y malolientes como las calles que había atravesado.

Un hombre, sentado en un viejo sillón destrozado, le miró con ojos penetrantes.

Era Clark Bell, el trapero.

—Siéntate.

Luego, cuando pareció satisfecho de la revisión ocular que hizo, Bell sonrió.

—Dame tu paquete de cigarrillos. Lo acabas de comprar. Ya comprarás otro después.

Ralph obedeció prestamente y cuando el otro hubo encendido tras «obsequiarle» con uno de sus propios cigarrillos.

—¿Qué hay para mi? —inquirió.

—Un trabajo muy importante —dijo el otro—. Realmente eres el hombre que más necesitaba en estos momentos. Tu amistad con el doctor Weiban, con el profesor Tulliman y con el secretario es ciertamente aprovechable.

—Ya lo sé.

—Deseo que te presentes en el War Office COMO SI NADA HUBIESE PASADO. Quiero que crean que sigues siendo el mismo de siempre. Frenaré los impulsos coercitivos durante tu estancia allí, de manera que no se percaten de que me perteneces. No olvides que has de ponerte a la sombra o en un lugar oscuro, mientras estés junto a ellos, de forma que no vean el tentáculo…

—Lo haré.

—Quiero que me informes de todo lo que preparan y de todo lo que saben. En realidad, están tan desorientados como desarmados ante mi potencia…

—Por supuesto. No podrán hacer nada.

—Pero es mejor prevenirse. Falta poco para que todos los miembros del Gobierno me pertenezcan. Casi toda la Cámara de los Comunes es ya nuestra y gran parte de la Cámara de los Lores.

Tampoco temo por la parte del Ejército, ya que el noventa por ciento de jefes y oficiales son ya de los nuestros.

»Es la policía y el War Office el que me preocupa, pero no mucho. De todas formas, hemos de liquidarlos cuanto antes, ya que tenemos ante nosotros un trabajo formidable.

En cuanto Inglaterra esté totalmente sometida, saltaremos a Francia y Alemania, por un lado, y a los Estados Unidos, por otro.

—Comprendo.

—Nada más, entonces. Cuando hayas terminado tu informe, no me lo des a mi. El OTRO te llamará y será ante él ante quien tendrás que informar. Puedes irte.

—Está bien.

Se levantó y salió, tomando después el coche, que se dirigió hacia el centro de la ciudad.

Obraba automáticamente, sin ninguna clase de remordimiento, como si todo aquello fuese la cosa más natural del mundo.

Sin embargo, ahora que ya había entrado en contacto con el UNO y que iba a hacerlo muy pronto con el DOS, sabía, sin necesidad de información alguna, el tremendo poder que reinaba sobre el mundo, ya que Inglaterra no era más que una pequeñísima parte, y lo curioso era que estaba plenamente convencido del triunfo rotundo de una causa de la que todavía entendía muy poco, pero a la que estaba unido para siempre.

En el War Office, nada más anunciarse, fue recibido por el secretario, al que se unió inmediatamente el profesor Tulliman.

Ambos le estrecharon las manos con efusión.

—No sabe usted lo preocupado que nos tuvo, mister Steiber —dijo cálidamente el secretario—. Obró usted maravillosamente matando al asesino del pobre doctor Weiban. ¿Está ya bien de sus heridas?

—Perfectamente, señor.

—Durante el tiempo que mantuvo usted el pulverizador en marcha —dijo el sabio—, cosa estupendamente hecha, pudimos darnos cuenta de la extensión horrible del mal. Afortunadamente hemos movilizado todas nuestras armas y creemos que no tardaremos en llegar a la «cabeza», si se puede hablar así.

—Buenas noticias, profesor —dijo Steiber—. ¿Cómo piensan hacerlo?

Le ocurría, en aquellos instantes, algo verdaderamente extraño. Parecía casi completamente desligado del UNO, y aunque no recordaba muy bien lo que Bell le habla dicho, estaba bajo los efectos de aquella «separación relativa de los poderes coercitivos», de los que le habla hablado el trapero.

Era verdaderamente extraordinario.

Se sentía, de nuevo, CASI COMO EL STEIBER DE ANTES, y lo demostró plenamente al escuchar con sincero entusiasmo las palabras de Tulliman. Así que esperó que siguiera explicándose el profesor.

—Hemos descubierto —decía éste, gracias a un nuevo colorante, que existe una DOBLE CORRIENTE POR LAS CINTAS. La una, la que va al individuo «poseído», es débil y casi imperceptible. La otra.

la que se aleja de él, es mucho más fuerte y el colorante la determina con muchísima claridad.

Steiber estaba sorprendido.

«Comprenderá usted la tremenda importancia de este descubrimiento. Es como si un hombre, que se hubiese perdido en una selva, ante un río enorme, fuese incapaz, por la absoluta quietud de las aguas, de saber hacia dónde va la corriente, única manera de orientarse, ya que sabe que el río desemboca en el mar, al lado de una ciudad que es su única salvación.

«Nosotros, hasta ahora, estábamos en las mismas condiciones que ese pobre náufrago de la selva. Veíamos el río, pero éramos incapaces de conocer el sentido de la corriente, ignorando si nos encontrábamos en la margen derecha o izquierda de ésa vía fluvial. Lo importante era conocer dónde estaba AGUAS ARRIBA y dónde AGUAS ABAJO.

«Lo hemos logrado, Steiber.

«Ahora, gracias a eso, estamos ya siguiendo la dirección buena, el camino justo que nos llevará al sitio de donde brotan las cintas y las órdenes. ¿Se da usted cuenta, amigo mío?

—Es francamente estupendo. ¿Y qué vamos a hacer?

—Seguir el camino. Un centenar de investigadores, a los que hemos dotado de cascos especiales, para evitar que se «contaminen», están trabajando con ardor y creo que no tardarán mucho en llegar hasta donde deseamos.

«Termine usted de recuperarse y únase a nosotros. La victoria será compartida entre todos los que luchamos desesperadamente para salvar a la Humanidad del mayor peligro que la ha acechado jamás.

—De acuerdo, señores. Pueden contar conmigo en cuanto termine de ponerme bien.

Salió ciertamente entusiasmado del War Office; pero toda su alegría, que experimentaba realmente, se vino abajo antes de acabar de bajar por la escalera que le llevaba a la puerta de salida.

EL UNO HABIA COGIDO NUEVAMENTE LAS RIENDAS...

Al salir, uno de los centinelas se le acercó y amablemente:

—¿Tiene usted fuego, señor?

Ralph sacó su encendedor y ofreció al otro lumbre.

—No se preocupe en absoluto, Steiber —le dijo el desconocido centinela—. Los cascos no les han servido para nada. Todos los que los llevan son ya de los nuestros.

* * *

No pudo saber nunca cómo llegó hasta la clínica del fallecido doctor Weiban.

Se encontró llamando ante la puerta, extrañamente rígido y con un dolor de cabeza tremendo.

Cuando Doris apareció ante él, mirándole con sincera sorpresa, experimentó una sensación de lo más agradable, que se acrecentó cuando la muchacha, olvidándolo todo, se echó en sus brazos, ofreciéndole generosamente sus labios.

—¡Querido! —musitó ella—. ¡Cuánto has tardado en venir!

Fueron hasta el saloncito, donde tomaron asiento.

—No puedes imaginarte el miedo que he pasado, Ralph. Te llamé cada día, con la esperanza de saber de ti; pero siempre fracasé lastimosamente.

—Ya me tienes contigo, querida.

Ella le habló de muchas cosas y de la pena de encontrarse en la consulta completamente sola, echando mucho de menos al pobre doctor.

—Ha sido su viuda la que me ha rogado que me quedase, ¿sabes, querido? Estamos esperando la llegada de un pariente del doctor Weiban, también médico, que desea instalarse en su puesto. La señora Weiban ha sido extraordinariamente amable conmigo y me ha dicho que todo seguirá completamente igual…

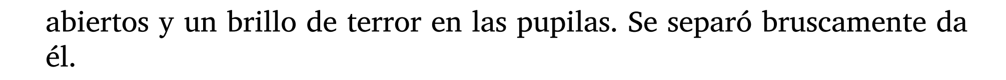
Lanzó un profundo suspiro.

—Pero lo que yo deseo ardientemente —prosiguió diciendo— es que toda esta pesadilla termine para que podamos forjar tranquilamente nuestros propios planes.

—Pronto podremos hacerlo, querida —contestó él.

Le extrañó encontrar en su mente aquella rebeldía, al mismo tiempo que la cabeza parecía quererle estallar en pedazos.

Fue entonces, repentinamente, cuando ella le miró con los ojos muy


abiertos y un brillo de terror en las pupilas. Se separó bruscamente da él.

—¡Es horrible, Steiber!

—¿Qué te ocurre, querida? —inquirió él haciendo ademán de levantarse para ir hacia ella.

—¡No te acerques, Ralph, por lo que más quieras!

—Pero... ¿qué te pasa, Doris?

—Es algo más fuerte que yo —confesó ella temblando de pies a cabeza.

—Dime lo, por favor.

—Es tan espantoso que no puedo creerlo. ME ESTÁS DANDO ASCO, STEIBER.

Algo se rebeló en el interior del detective. Fue como una llamarada de amor propio, tal y como solía ocurrirle cuando estaba cerca de dar un a uno de sus casos.

Entonces, después de semanas y meses de luchas, comido ya tenia al criminal al alcance de su mano, experimentaba aquel empuje formidable, que le brotaba del depósito energético de su fuerza de voluntad y que lo arrollaba todo, con un ansia de acabar en seguida.

Se puso en pie.

—¡Ayúdame, Doris! ¡He caído en manos de los DOS! Si tuviera aquí colorante, verías la cinta que brota de mi cabeza...

Ella se llevó las manos a la boca, con la intención de ahogar el alarido de horror que pugnaba por salir de su garganta.

—Tienes que ayudarme, querida, o todo se habrá perdido. Estoy realizando un esfuerzo formidable para contrarrestar su LLAMADA, sus ÓRDENES. Tenemos que aprovecharlo ahora, amor mío.

Steiber mostraba su desespero.

Doris se dio cuenta de las lágrimas que asomaban en los ojos de Steiber.

También lloraba ella.

—Haré lo que tú quieras, Ralph.

—Llévame al coche y aléjame de la ciudad a toda velocidad. No hagas caso de señales ni de nada y, sobre todo, NO HAGAS CASO DE MI, AUNQUE TE RUEGUE QUE NO TE ALEJES DE LONDRES.

Ella recordó entonces las experiencias de las que Weiban le había hablado y asintió con la cabeza.

—Vamos —dijo decidida.

—Espera —dijo él.

Buscó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un par de esposas, que entregó a la muchacha. Luego, con tono lastimero y mientras ponía las manos en la espalda:

—¡Átame de prisa, Doris! ¡Ya no puedo más!

—Voy.

El dolor de cabeza era ciertamente insufrible y tuvo que morderse los labios para impedir la idea de golpear a Doris, que EL UNO LE ESTABA ORDENANDO CON INSISTENCIA.

Pero las esposas le impidieron hacerlo.

—Vamos —dijo la muchacha, con gesto decidido.

El teléfono sonó en aquel momento y ella descolgó el aparato.

—Es para ti, querido.

—¡Desátame!—rugió él—. ¿Cómo quieres que lo atienda con las manos así?

Ella le miró con curiosidad y estuvo a punto de obedecerle; pero el brillo de los ojos de Steiber le demostró palpablemente que YA

ESTABA BAJO EL CONTROL DE SU DUEÑO.

—No —dijo rotundamente—. Acércate. Te colocaré el aparato junto al rostro.

Él hizo lo que ella le ordenó.

—¿Diga?

Reconoció en seguida la voz del DOS, al que también conocía personalmente.

—Venga Inmediatamente y líbrese de esa muchacha como sea. Golpéela, mátela, pero venga en seguida.

Gritaba desaforadamente, y Doris, que estaba junto al aparato, oyó horrorizada aquellas palabras.

Pero, reponiéndose, juzgó que lo mejor era actuar sin pérdida de tiempo. Y empuñando el aparato que tenia en la mano, dio un golpe formidable en la nuca al detective, que se desplomó como un fardo.

Lo cogió bajo las axilas y empezó a arrastrarlo penosamente sobre la alfombra.

El teléfono, en el suelo, seguía emitiendo la desaforada voz del DOS:

—¡Venga Inmediatamente, Steiber, y mate a esa bruja!

* * *

Tenia el cuerpo empapado de sudor.

Jamás pensó que Steiber pesase tanto y le costó una enormidad llevarlo hasta el coche. Un par de personas le ayudaron amablemente. Por fortuna para ella, no estaban bajo el extraño control que dominaba al hombre amado.

Perdona, querido —dijo mientras corría hacia las afueras de la ciudad—. Pero no he tenido más remedio que hacerlo. Como verás, soy una esposa sumisa y obediente.

Al intentar atravesar Leicester Square, un coche grisáceo hizo todo lo posible para impedírselo.

Doris se dio cuenta de que el UNO y el DOS estaban haciendo cuanto podían para vencerla.

Tuvo que realizar, en última instancia, una maniobra del mayor peligro y el coche de Steiber perdió uno de los guardabarros, al rozar con el otro.

Apretó frenéticamente el acelerador.

Tenía miedo, pero se vela en la obligación de vencerlo. Toda su felicidad futura, Junto al hombre que yacía a su lado, dependía de aquellos momentos. Y no sólo la suya, sino, como imaginaba vagamente, la de la Humanidad entera.

No tardó mucho en darse cuenta de que un coche negro la seguía, y al recordar lo que Weiban le contó, referente a la segunda intentona, cuando quiso salvar a la secretaria de Scott y al ingeniero, que luego habla sido su asesino, forzó la marcha del coche de Steiber, dispuesta a impedir, fuese como fuese, que los otros se saliesen con la suya.

Fue una persecución tremenda, pero gracias a1 entusiasmo y a los nervios de la joven, los ocupantes del coche negro no pudieron, a pesar de disparar repetidas veces contra ella, hacer blanco.

Londres estaba ya atrás.

El coche rugía como un endemoniado y Doris, sin dejar de mirar al retrovisor, lanzaba también, de vez en cuando, algunas miradas de soslayo al inerme Ralph.

Éste se despertó poco después.

—Me duele horriblemente la cabeza —dijo.

Luego, cuando se hubo recuperado del todo, la miró con odio, intentando desasirse de las esposas.

—¡Para, Doris!

—No lo haré, querido.

—Voy a morirme si no lo haces, cariño. ¿Es así como me amas?

Ella se mordió los labios, pero no contestó.

Entonces, frenético y echando espuma por la boca, Steiber se lanzó contra ella, intentando buscar, con sus pies libres, el pedal del freno.

Fueron unos instantes espantosos y Doris hubo de hacer maravillas para evitar que se estrellasen. Él la golpeó salvajemente, a patadas, para hacer que soltase el acelerador.

Doris gritó de dolor.

No podía más y poco después, incapaz de resistir, separó el pie del acelerador, completamente convencida de que había perdido la partida.

Pero, en aquel momento, Steiber lanzó un grito infrahumano y se desplomó sin conocimiento, mientras la sangre brotaba de su cabeza.

Doris tuvo la presencia de ánimo de seguir avanzando a la misma velocidad.

Luego, deteniendo el coche junto al borde de la carretera, sintió que todo le daba rápidas vueltas y se desmayó junto a Steiber.

Era lo mejor que podía hacer.

EPÍLOGO

—Es aquí.

Los tres coches se hablan detenido en la callejuela y un grupo de hombres armados salieron de ellos.

El secretario, junto al inspector Leweer y Steiber, seguidos de algunos de aquellos hombres, avanzaron decididamente hada la casucha.

—Yo entraré primero —dijo el detective.

Lo hizo así y se pegó a la pared, haciendo señas a los otros de que le imitasen.

No se habla equivocado.

Las balas empezaron a recorrer el estrecho pasillo y Ralph, dispuesto a todo, se dejó caer, disparando contra la oscura silueta que se veía al fondo.

—¡Adelante! —gritó al ver que el hombre se desplomaba.

Irrumpieron en la sucia estancia, en medio de la sala yacía el basurero Clark Bell.

Uno de los hombres que entró tras Steiber, se pegó materialmente a él.

—¿Dónde, señor?

—Espere y no pierda de vista el cadáver.

El circulo de los que rodeaban el cuerpo de Bell estaba impresionado. Muchos de ellos temblaban sin poder hacer nada para evitarlo.

—¡Mírenlo ahora! —rugió Ralph.

En efecto.

Algo salía por la boca del muerto.

Al principio, parecía sangre, pero después, cuando estuvo completamente fuera, todos se dieron cuenta de que era UNA ESPECIE DE MINÚSCULO PULPO, de unas dos libras de peso, que se escurría desagradablemente sobre el suelo.

Steiber se volvió hacia el hombre que tenia a su lado.

—Ahora —dijo simplemente.

Y se hizo a un lado.

El hombre apuntó con su aparato a la BESTIA y oprimió el gatillo.

Una lengua de fuego salió del potente lanzallamas.

La BESTIA SE RETORCIÓ ESPANTOSAMENTE; LUEGO, CONSUMIDA, QUEDÓ REDUCIDA A UNA MASA DE INFORMES CENIZAS.

* * *

Cuando los coches se detuvieron ante los Imponentes edificios de las oficinas de las fábricas Scott, un grupo de curiosos estaba ya reunido junto a las filas de los policías que rodeaban la manzana. Los hombres armados penetraron en el edificio principal.

Todo ocurrió de la misma manera.

Y cuando SCOTT, que era el Dos, cayó muerto, la BESTIA VOLVIÓ A SURGIR HASTA SER DESTRUIDA POR LAS LLAMAS.

Una vez fuera, Steiber subió al coche donde le esperaba el secretario que, sin decirle nada, le estrechó fuertemente la mano.

Luego, ya en marcha y hacia la ciudad:

—Hemos tenido mucha suerte, Steiber.

—Tiene usted razón, señor. Pero fue mía la suerte, PORQUE PUDE DEFENDERME DE LA INFLUENCIA DE LA BESTIA.

—¿Cómo puede explicarlo?

—No hay más que una respuesta lógica a esa pregunta. Yo FUI EL ÚNICO QUE ME ENTREGUÉ VOLUNTARIAMENTE A LA BESTIA; por eso nunca poseyó el control completo de mi cerebro. Al entregarme voluntariamente a ella, me quedó una porción de mente que, aunque sumergida por sus mandatos, reapareció al ser estimulada per algo tan precioso para mí como la presencia de la mujer a !a que amaba.

Tulliman, que al lado de ellos, miraba hacia afuera a través de la ventanilla, señaló los aviones que surcaban el cielo londinense.

—¡Qué alegría! —dijo—. Han lanzado diez toneladas de cromatina-18 y no se ve ni una sola cinta en parte alguna.

—Si, fue peor que una pesadilla —musitó el secretario.

—Lo curioso —dijo el profesor —es que he descubierto ciertas cosas muy interesantes.

—¿De qué se trata?

—Primero de las esferas. ¿Saben ustedes lo que hemos encontrado en el interior?

—No.

—Un minúsculo motor de propulsión, del tamaño de un dedo, pero de una perfección maravillosa.

—¿Y cómo funciona?

—No lo sabemos. Gracias a un reactivo de gran potencia, lo hemos hecho desmontar, pero no podremos jamás explicarnos su manera de funcionar.

—Eso demuestra que esas dos esferas eran verdaderas astronaves.

—Así es.

—¿Y cómo mandarían solamente dos?

—¿Le parece poco, Steiber? En menos de dos semanas se hablan apoderado de la voluntad de ocho millones de hombres. Y lo hablan hecho sin prisas, sin acelerarse...

—Ya comprendo.

—Les hubiesen bastado seis meses para hacerse las dueños de la Tierra.

—¿Lo cree usted así?

—Es indudable. Si les hubiésemos dado tiempo para que todos los Individuos que poseían hubieran llegado a la fase de maduración...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no podían conseguir una obediencia ciega en poco tiempo. La naturaleza humana se resistía y de ahí los violentos dolores de cabeza que experimentaban las víctimas.

—¡Dígamelo a mi!

Hubo una pausa.

Luego, Steiber, con patente curiosidad:

—¿Y qué es lo otro que ha descubierto, profesor?

—¿Se refiere a lo del ASCO que se experimentaba ante los dominadas por la bestia?

—¡Explíquese, por favor!

—En seguida. El ASCO provenía de la forma de alimentarse la BESTIA.

—Pero, ¿se alimentaba?

—Si. Y precisamente de las sustancias del cerebro humano. Consumía, en una cierta cantidad, las cefalinas del cerebro. Eso era, precisamente, al debilitar la mente de los atacados, lo que hacía que

se convirtiesen en sumisos esclavos de la bestia.

—Es curioso. ¿Y el ASCO?

—Lo producía el olor del metabolismo que se realizaba a la altura de la piel del cráneo de la víctima. Era algo no fácilmente perceptible, pero que producía esa desagradable sensación.

—Comprendo.

El coche penetraba, en aquel momento, por la calle donde estaba situado el hotel de Steiber.

Una figura grácil estaba a la puerta del edificio.

—¡Yo me quedo aquí!—exclamó vivamente el detective.

El vehículo frenó junto a Doris.

El secretario y Tulliman sonreían.

—Queremos verle pronto, mister Steiber —dijo el primero—. No se escapará usted.

—¿De qué?

—Su Majestad quiere verle.

—¿A mi?

—Sí. ¿Es extraño? Ha oído hablar de una boda y se ha interesado muchísimo...

Ralph estaba junto a Doris y ambos hicieron un gesto de adiós al coche que se alejaba.

—¿Me das un beso, querida?

—Con mil amores.

Pero, mientras la besaba, Steiber lanzó un grito al recibir un fuerte golpe en la espinilla.

—¿Qué te ocurre, Doris?

Ella se separó de él.

—Mira —dijo señalando sus propias piernas. Bajo las medias se velan los esparadrapos que se cruzaban en muchas partes.

Él sonrió.

—Si, ya puedes reír cuanto quieras. Pero hasta que no te haya, devuelto, una por una, tus tremendas patadas, no estaré tranquila.

—De acuerdo. Pero, ¿me vas a dar un beso... sin dolor?

—Está bien. Después de todo y a pesar de todo, te lo mereces...



Una «fiction-story»

de

Law Space

I

Alan echó una ojeada al azulado planeta hacia el que se acercaba a gran velocidad. Su tamaño relativo era ya como el de un balón de fútbol y no parecía, al menos por el momento, ofrecer achatamiento alguno por los polos.

Pensó, momentáneamente, despertar a Lucy para comunicarle las primeras y curiosas observaciones que había hecho, pero su esposa descansaba, habiendo realizado la primera guardia en la astronave, y él no se atrevió a interrumpir su sueño reparador.

Podía esperar; además, a medida que se acercasen a aquel planeta, cuyo sol, perfectamente visible, debía estar a unos ciento ochenta millones de kilómetros, ofrecerla aspectos más interesantes que podía discutir con Lucy con mayor detenimiento.

Sonrió al pensar en el acierto que había tenido al contraer matrimonio con un miembro femenino del Servicio del Espacio. Todos sus compañeros, sin excepción, le habían envidiado, y aquella envidia se haría mayor cuando supiesen, al regreso de la pareja a la base de Plutón, que habían tenido un heredero, quizá el primer ser humano que nacerla fuera del Sistema Solar.

Alan entornó los ojos y se sintió inmensamente feliz. Más que ninguna otra astronave, de las que formaban parte del Servicio, dedicándose a la exploración espacial, más allá de Plutón, había conseguido tantos éxitos como la que pilotaban su esposa y él.

Estaban íntimamente compenetrados, unidos no solamente por el afecto y el cariño que se prodigaban. sino, y aquello era lo más importante, por una torea única en su género; por algo cuya emoción era muy difícil, casi imposible, experimentar en otra clase de trabajo, por muy interesante que fuese.

¡Un hijo!

Alan se volvió a medias y lanzó una tierna mirada a través de la transparente puerta de «pan-glas» que separaba la cabina de la amplia cámara posterior. Allí, en su litera y con sus hermosos cabellos rubios salpicando de oro el azul celeste de la colcha. Lucy dormía profundamente, con una sonrisa infantil en su rostro, como si el emocionante , desenlace biológico que se aproximaba la hiciese más sencilla, más simple... y más adorable.

Sin embargo, Alan sabía perfectamente que bajo aquellos rizos rebeldes, bajo aquella frente de piel blanca y maravillosamente suave, se escondía uno de los cerebros más potentes que había conocido, y mientras rememoraba todo lo que había sido su vida desde la salida de la Escuela de Astronavegación, se sintió íntimamente satisfecho de haber sabido ganarse primeramente el afecto y luego el cariño de aquella muchacha, cuya belleza física se eclipsaba en cuanto hacia ver todo lo que contenía su prodigiosa mente.

Lucy no se había limitado a ganar el corazón de su esposo, sino que supo, con una delicadeza inigualable, convertirse en la adoración de la madre del astronauta que, sin cesar en cada carta o en cada conferencia por «Ultráfono» que tenia con su hijo, no dejaba de repetirle lo que ya personalmente le había dicho cuando la pareja pasó parte de su luna de miel en la casa de Virginia de los Werton.

Volviéndose de nuevo hacia el visor transparente de la cabina, el joven astronauta lanzó una mirada al Planeta Azul. Su tamaño había crecido enormemente y empezaba a apoderarse, poco a poco, de todo el horizonte visible.

El Planeta Azul.

Verdaderamente, aquel nombre se le había ocurrido hacia poco, al observar el color que ofrecía aquel astro; pero, sin duda alguna, tendrían que ir buscando un nombre que retratase más científicamente alguna cualidad que podrían descubrir en su suelo.

Inesperadamente, una idea se coló, ladinamente, en su cerebro.

—¿Y si nacía allí?

Se estremeció al pensarlo. Y no habla en aquel temblor que sacudió su cuerpo nada que pudiese significar temor o desencanto. Por el contrario, hasta le agradaba la idea de que el pequeño llegase al mundo en aquel otro, lejano y bello, tal como se ofrecía a su mirada en aquellos instantes.

Alan pensaba:

Si las cosas tenían que ocurrir de aquella manera y el heredero de los Werton nacía en aquel planeta, lo del nombre quedaba definitivamente solventando.

¡El planeta Werton!

¿Qué otro nombre expresaría mejor la felicidad que representarla el que su hijo naciese allí?

Se sintió tremendamente dichoso.

De todas las maneras, la proximidad del Planeta Azul le obligó a abandonar los ensueños que le poseían y concentrar su atención en los aparatos de a bordo, iniciando la serie de observaciones necesarias para efectuar el aterrizaje.

Tras preparar el dispositivo «antigravitatorio», que frenaría automáticamente la velocidad de la astronave, contrarrestando la fuerza de atracción del astro al que se acercaban, cambió de puesto para echar la primera ojeada espectroscópica al Planeta Azul.

Su rostro se iluminó al comprobar que habla oxígeno, aunque en menor cantidad que en la Tierra, abundando el carbónico y el nitrógeno. Después de realizar algunos cálculos, llegó a la conclusión de que no haría falta desembarcar con equipo especial y que la atmósfera de aquel cuerpo estelar tenia mucha semejanza con la del globo terráqueo.

Sin embargo, el intenso color azulado indicaba la existencia de grandes cantidades de ozono, que bien pudieran estar acumuladas en las capas externas de la atmósfera y que, por lo tanto, no ejercerían su

funesta acción en la superficie.

Una mano se posó sobre su hombro.

Se volvió. Lucy estaba a su lado, con la misma encantadora sonrisa de siempre. Fresca y lozana como una maravillosa flor.

—¿Te encuentras bien, querida?

Ella le acarició tiernamente los cabellos.

—No creo que mi estado sea mucho más extraordinario que lo que tenemos antes los ojos, Alan. ¿Te das cuenta de la hermosura de ese planeta?

—Si.

Lanzó ella una rápida ojeada a los cálculos que habla estado haciendo su marido.

—¿Has comprobado la gravedad, amor mío?

—Aún no. Acabo de empezar mis observaciones.

—Déjame.

Tomó asiento en la otra butaca y manejó el cerebro electrónico con una soltura sorprendente, echando constantes ojeadas a través del espectroscopio.

—Encuentro una gravedad de 0 1.

—¡Casi como en la Tierra!

—Sí, algo menor. Caminaremos en ese planeta con más soltura que en el nuestro.

Siguieron haciendo raras ecuaciones.

—Densidad de 2,98 —dijo al cabo de unos instantes.

—Cercana a la de Mercurio —comentó él.

Continuaron su trabajo juntos, alegremente, como dos buenos es, mientras la astronave se precipitaba hacia el astro, cuya redondez ocupaba ya totalmente el horizonte visible.

Grupos de densas nubes ocultaban aún su superficie y hacia ellas, como una flecha de plata, el navío del espacio se lanzó velozmente, controlado por el pilotaje automático que iba modificando su trayectoria y velocidad, sin que los dos seres humanos que llevaba dentro tuviesen que preocuparse más que de los previos estudios que estaban haciendo.

Media hora más tarde, la astronave planeaba suavemente sobre la superficie del Planeta Azul.

Pudieron observarlo todo, mas fácilmente.

Bajo las nubes, les fue posible descubrir la estructura de aquel astro y observaron, no sin cierta extrañeza, que la masa líquida —lo que podían llamar «mares» —existían en pequeñísima cantidad, dominando las «tierras» por completo.

Decidieron, después de sobrevolar la totalidad del planeta, aterrizar en un punto cercano a su Ecuador. Las plantas parecían no existir tampoco, al menos bajo la idea «terrena» de vegetación. Por el contrario, las rocas eran numerosas y ofrecían aspectos ciertamente fantasmagóricos, presentando formas curiosas y casi humanas.

—Este planeta —dijo Lucy —ha debido de padecer la acción de potentes fuerzas de erosión.

Sólo aquello podía explicar la forma de las rocas que el aire, el agua y la temperatura habían ido esculpiendo de tan curiosa manera.

No vieron animal alguno...

La astronave se posó blandamente; los cohetes atómicos frenaron el impulso de la marcha y cuando el aparato puso su trípode sobre la tierra, las toberas tosieron roncamente, quedando completamente silenciosas momentos después.

Lucy y Alan miraban curiosamente, desde la cabina, cuyo suelo había girado, merced al sistema de giroscopios automáticos, colocándose horizontalmente respecto al suelo del astro.

—¿Cuándo vamos a bajar? —inquirió ella.

—Bajaré yo primero, querida.

—¿Por qué?

Él la besó tiernamente.

—¿Por qué me preguntas tamaños absurdos, Lucy? Ya sabes que, según mi convenio, es decir, nuestro convenio, te considero igual a mi en todos los aspectos. Pero, por favor, en tus circunstancias actuales, debes mostrarte prudente, amor mío.

Lucy sonrió.

—De acuerdo. Hasta que todo esto termine, dejaré que ocupes tu puesto privilegiado de hombre. Has ganado, Alan.

—¡Gracias, querida!

Ella fue a decir algo cuando un ladrido agudo llegó hasta ellos.

—¡Toby! ¡Hemos dejado encerrado a Toby!

Abrió Lucy la puerta transparente y un pekinés gracioso se precipitó alegremente a los brazos de su dueña.

Toby era el tercer miembro de aquella fantástica expedición y, sin ningún género de dudas, el único animal terrícola que había salido fuera del Sistema Solar.

No era muy probable que Toby se percatase de la importancia de su existencia; para él, el interior de la astronave o la superficie de los planetas que hablan visitado eran cosas sorprendentes, divertidas—a veces—, pero siempre interesantes.

Lucy lo acarició con ternura.

—¡Mi pequeño Toby!

Entre tanto, Alan, que se habla alejado hacia el otro extremo de la cabina, visiblemente impaciente por salir de la astronave, manipulaba una serie de brazos mecánicos que emergían fuera del aparato,

extendiendo sus raras manos en el exterior.

Cada mano de aquéllas era portadora de un aparato que recogía y analizaba, automáticamente, la naturaleza de cuanto se hallaba en el exterior. Así, una de ellas, hundió sus aceradas uñas metálicas en la tierra del planeta, cogiendo un puñado que trasladó inmediatamente al interior del aparato, sometiendo la sustancia al ataque de reactivos químicos, que minutos más tarde daban a Alan la composición exacta de todas las porciones cogidas del exterior por las curiosas manos de acero.

Los resultados de los análisis fueron saliendo por las casillas del singular cerebro electrónico que los realizaba.

El hombre los leyó, uno por uno.

—¿Algo nuevo? —inquirió Lucy que seguía con Toby entre los brazos.

Nada. Sílice, carbono y compuestos semejantes a los de cualquier planeta de nuestro propio sistema.

Lucy seguía acariciando al perrito.

—¿Te llevarás a Toby, querido?

—¿Por qué? Ya sabes que, a veces, no es capaz de seguirme y me hace perder un tiempo precioso.

Ella frunció el entrecejo y dirigiéndose, aparentemente al animal:

—¡No te preocupes, cariño! Yo misma saldré contigo a dar un paseíto. ¡Ya ves que el caballero está muy ocupado y dice que le «causamos» molestias.

—No he dicho que tú me causes molestia alguna, Lucy: me he referido exclusivamente a Toby.

Ella siguió hablando con el perrito.

—Saldrás con la amita, ¿verdad, cariño?

Alan lanzó un profundo suspiro.

—¡Está bien! Me llevaré a Toby; después de todo, puede que tengas razón y que necesite estirar un poco las patas.

Lucy corrió hacia su esposo, sin dejar al perrito y le besó amorosamente.

—¡Eres un sol, querido!

II

La atmósfera del Planeta Azul era agradable y el oxigeno que contenía, quizá en mayor cantidad de la que Alan habla previsto, proporcionaba una sensación de euforia que nada más salir de la astronave, se apoderó de Toby, mucho menos capaz que su dueño de controlar los efectos de aquella riqueza atmosférica.

Desde el ojo de buey de la salita, Lucy rio al ver al perro saltar y hacer cabriolas con una ligereza que estaba en relación con la disminución de la fuerza de gravedad. En realidad, los saltos de Toby alcanzaban cerca de dos metros de altura.

Tiró un beso a su marido, que, cargado con los instrumentos, se alejaba ya hacia unas cercanas colinas que deseaba examinar antes de dirigirse al más próximo montón de curiosas piedras que había visto, antes de aterrizar, más al norte.

Toby ladraba a su lado, siguiéndole con una facilidad extraordinaria. Pero Alan apenas si hacia caso del animal, observándolo todo con una atención y curiosidad crecientes.

Se admiró, antes de nada de la carencia absoluta de vida —al menos aparentemente— en la superficie de aquel mundo.

—Es extraño —dijo en voz alta. Después, hablando consigo mismo —. Aquí hay agua, aunque no en exceso, hay oxigeno y, sin embargo, no aparece ni rastro de vida vegetal. Es curioso…

Alan podía admirarse, pero no tomar las cosas por lo trágico. Habla reconocido, en el curso de su carrera, un número suficiente de planetas para estar plenamente convencido de que la vida —en el estrecho y mezquino sentido que le dan los humanos— no es más que una minúscula gama de todo lo que la Creación puede demostrar como posible.

Sonrió casi al recordar el cambio brutal que hubo de dar la Biología al ser descubiertos y hollados los planetas llamados exteriores.

Durante muchos años, los astrónomos hablan afirmado, demasiado prematuramente, que Marte era un planeta medio muerto; que Júpiter estaba expuesto a una atmósfera nociva y que sus volcanes llenaban el aire de toda clase de gases deletéreos; que Saturno, Urano y Neptuno, así como Plutón, eran mundos helados sin posibilidad de vida alguna.

Las sorpresas y sobresaltos que proporcionan, a los relatos de los astronautas y las «pruebas» que trajeron a su regreso a la Tierra, removieron hasta lo más hondo los conceptos estrechos de los sabios que vieron, con sus propios ojos, que la vida no era —¡ni mucho menos!—lo que ellos pensaban.

Todo aquello había definitivamente curado de espanto el espíritu de Alan y por eso no se extrañaba exageradamente de no ver un solo «vegetal» sobre la silícea cubierta externa del planeta.

Siguió andando hacia las rocas.

Al llegar a la colina, desenfundó algunos de los aparatos que llevaba sobre la espalda y cuyo peso no hubiese podido soportar en la Tierra, y recogió muestras minerales haciendo algunas minúsculas excavaciones para estudiar la estructura del subsuelo.

Estaba tan abstraído que no se dio cuenta de que la oscuridad avanzaba a grandes pasos y cuando se percató de ello, sonrió al comprender que se había olvidado de estudiar, junto a Lucy, el movimiento de rotación de aquel planeta.

Justamente, en aquel momento, el auricular que llevaba pegado a la piel, detrás de la oreja izquierda y que se beneficiaba de la gran velocidad de transmisión de los sonidos a través de los sólidos —los huesos de su propio cráneo (tal y como obran los aparatos para sordos) —se puso a vibrar.

—¡Querido!

Era su esposa que le estaba llamando.

Descolgó el minúsculo micrófono que llevaba en la solapa y acercándolo a los labios.

—¿Qué hay, Lucy?

—Está oscureciendo, amor mío. He estudiado los movimientos de este astro y resulta que el día no dura más de unas seis horas de nuestras cronómetros.

—Voy en seguida.

—Sí. Voy a preparar la cena inmediatamente. ¿Y «Toby»?

—Aquí está, correteando como un loco.

—Hasta ahora, amor mío.

—Hasta ahora.

Recogió los Instrumentos, los metió en sus correspondientes fundas y con voz animada dijo:

—¡Vamos, «Toby»!

El perro correteó tras su dueño y poco después llegaban a la astronave. Alan dejó los instrumentos en la primera plataforma, bajando nuevamente en busca del perro.

Un olor agradable se esparcía por la cabina e inundaba todos los compartimientos de la nave del espacio. Alan se lavó las manos, se peinó y acudió prestamente a la mesa canturreando una vieja canción que habían oído en Plutón y que estaba de moda en la Tierra quince años antes.

Se le habla despertado el apetito.

—¿Qué te parece si conectamos el sistema de ventilación con el exterior, Alan? —preguntó la mujer desde la minúscula cocina.

—Tienes razón, querida —dijo él levantándose—. Iré a ver si no ha habido cambios en la composición de la atmósfera exterior y conectaré. Así ahorraremos oxigeno y dejaremos que nuestra pequeña «fábrica» atmosférica repose unos días.

Se encaminó a la cabina y tras controlar la composición del aire exterior, que las manos metálicas captaron para él, se resolvió a conectar, experimentando la misma sensación de euforia que había sentido durante su excursión por los alrededores de la astronave.

Momentos mas tarde, Lucy ponía sobre la mesa el resultado de sus guisos.

—¡Esto huele muy bien!—exclamó Alan husmeando glotonamente.

Le sirvió ella un buen plato y un poco más tarde, cuando comía frente a su esposo, comentó:

—¿No notas calor, querido?

—Sí. Voy a ver el termómetro.

Se lo quedó mirando, con un gesto de extrañeza en el rostro. El mercurio habla subido hasta treinta grados.

Volvió al comedor.

—Es raro que la temperatura se eleve durante la noche, ¿no crees?

—Es posible que el suelo de este planeta haya acumulado el calor solar durante el día y lo suelte ahora.

—No lo creo. La composición del suelo no demuestra un poder de absorción como el que tú indicas.

Puso en marcha los ventiladores y el ambiente volvió a hacerse agradable.

Cuando, una hora más tarde, se fueron a dormir, Alan lanzó, antes de ir a la cabina, una última mirada al termómetro.

Marcaba cerca de cuarenta grados.

Preocupado, desconectó el sistema y acondicionó el ambiente de la astronave, proporcionándole un control de temperatura y humedad constante. Pasó luego a la habitación que ocupaba su esposa.

—La temperatura del planeta —dijo —sigue subiendo.

—Mañana estudiaremos las causas, querido...

III

A la mañana siguiente, cuando el astronauta leyó el termómetro exterior, se percató de que la temperatura había bajado ligeramente.

Marcaba treinta y seis grados.

Volvió a complacer a su esposa y hubo de llevarse a «Toby» a la excursión de la mañana. Lo hizo de buena gana, ya que lo que deseaba obtener era que Lucy, debido a su estado, permaneciese en la astronave.

Casi podía tener la seguridad de que el niño no nacería en aquel planeta.

Una semana más y despegarían de allí, rumbo a Plutón, ya que debían renovar las cargas de la pila atómica de la astronave y, por otra parte, estaba dispuesto a solicitar un permiso para atender a Lucy hasta que el peque y ella estuviesen fuera de peligro.

El peque...

No lo había pensado hasta entonces y hasta no se dio cuenta del cambio profundo que iba a motivar su llegada. Porque nadie concebiría seguir los viajes interplanetarios con un bebé a bordo.

Alan estaba escalando la colina, habiendo ya perdido la astronave de vista y acercándose a la masa de curiosas rocas, cuando se detuvo

perplejo, extrañándose de que no se le hubiese ocurrido antes pensar en aquel detalle tan importante.

¿Querría Lucy dejar el niño a la custodia de la madre de su esposo? ¿O se decidiría por no acompañarle más o, al menos, hasta que el hijo tuviese una cierta edad?

Se sintió desconsolado al imaginar lo que serían aquellos viajes completamente solo —¿qué era un desconocido más o menos íntimo?— como cuando viajaba de soltero.

Se había acostumbrado demasiado bien y ahora comprendía el sentido de muchas sonrisitas que sus compañeros le habían dirigido el día en que contrajo matrimonio, sin haberse explicado el origen de aquellas risas hasta ahora.

Se encogió de hombros; había tiempo para pensar en todo aquello. La proximidad de las curiosas rocas desvió totalmente su atención de los problemas íntimos que le preocupaban, concentrándola en aquello que debía estudiar.

Dejó los instrumentos en el suelo, al lado de las rocas y cuando se disponía a sacar una piqueta mecánica para extraer un trozo de aquel material, «Toby», cuya presencia había casi totalmente olvidado, gruñó a su lado.

Se volvió hacia el animal.

Con el pelo erizado, el pekinés, colmillos al aire, gruñía y babeaba, mirando, con sus ojuelos muy abiertos, hacia las rocas.

—Debes haber olfateado alguna cosa, ¿eh, «Toby»? ¡Estaría gracioso que fueses tú quien descubrieses la vida animal en este planeta que parece completamente muerto!

Miró hacia las rocas sin encontrar nada que llamase su atención y acariciando a «Toby» para calmarle:

—¡Vamos, amiguito, cállate! Tengo mucho trabajo y tendremos para todo el día. Un día de seis horas que no nos dará mucho de sí…

Avanzó hacia la roca que tenia más próxima y clavó en ella la piqueta, oprimiendo el botón que hacía que un largo pico penetrase

hasta muy adentro; luego, cuando el tallo metálico diese todo lo que podía de si, se abriría una minúscula cucharilla que traerla del fondo el polvo de la roca para ser después estudiado.

Se extrañó un tanto de la blancura de aquella roca. Luego, al sacar la cucharilla, la encontró repleta de un liquido azulado y que parecía tinta.

Tocó la roca con la mano...

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

¡Aquello no era una roca, ni mucho menos! Sus dedos se hablan hundido como si hubiese tocado una esponja. Y, por si aquello era poco, al apretar la mano, con cierta fuerza, HABIA SENTIDO UNA ESPECIE DE LATIDO...

—¡Vida! —gritó —. ¡Están vivas!

Era un descubrimiento tan extraordinario que permaneció mudo de emoción durante algunos minutos; luego se dispuso a comunicárselo inmediatamente a Lucy; pero, cuando se disponía a llamarla, lo pensó mejor, ya que conocía la afición de su esposa por las extrañas formas de vida y la sabía muy capaz de abandonar la astronave y dirigirse hacia donde él estaba.

No, seria mucho mejor contárselo todo a la noche.

La noche...

Miró hacia el sol de aquel sistema y se dio cuenta de que no le quedaban más de dos horas de luz.

¡Cómo había pasado el tiempo!

Sopesó la posibilidad de quedarse allí aquella noche para ultimar sus estudios. Llevaba luz suficiente en las baterías de su linterna estelar y podría trabajar sin descanso pasando el día siguiente en la cama. O, si era necesario, tomaría un par de pastillas de «activinas» que le mantendrían alerta y sin necesidad de sueño por un par de días.

Empezó a trabajar, midiendo y haciendo toda clase de observaciones sobre las «rocas». La que tenia frente a él debía alcanzar

los veinte metros de altura y ofrecía una pequeña fisura en su parte superior.

Volvió a pinchar, extrajo más liquido azul y llegó a la conclusión, tras someros análisis, de que aquello no podía ser más que sangre. Una sangre azul que hubiese hecho morir de envidia a los antiguos nobles da la lejana Tierra.

A pesar de varias Incisiones que hizo, tomando trozos de aquella materia y examinándolos con el microscopio portátil que llevaba consigo, no consiguió descubrir estructura orgánica de clase alguna.

—Deben de ser organismos elementales, a pesar de su tremendo tamaño. Quizá, simplemente, células.

Le asustó aquella posibilidad y volvió a mirar a la roca con cierto temor.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la pequeña fisura de la parte superior había crecido extraordinariamente y ahora parecía empezar a dividir el cuerpo de la «roca» en dos partes iguales.

Alan contemplaba aquel fenómeno horrorizado.

—¡Una «mitosis»! —exclamó.

Jamás ojos humanos habían asistido a una cosa tan monstruosa, dada en un tamaño tan gigantesco, a simple vista...

La oscuridad le llevó a la realidad.

«Voy a llamar a Lucy —se dijo—. No puedo abandonar este lugar en estos momentos...»

Se puso en comunicación con la astronave.

—¿Vienes ya, querido? —inquirió su esposa al oír su voz.

—He descubierto algo muy importante, amor mío, y voy a aprovechar parte de la noche.

Hubo un silencio al otro lado, que inquietó a Alan.

—¿Te has enfadado, Lucy?

—No —se apresuró ella a contestar—. No me he enfadado. Me siento un poco rara...

—¿Qué quieres decir? —preguntó él con una ansiedad repentina.

Ella comprendió perfectamente el sentido de sus palabras.

—¡No seas tonto! Falta aún mucho tiempo... No, no se trata de eso. Es que me encuentro rara. Es algo que debe ser motivado por mi estado. No tengo apetito, pero te dejaré tu cena hecha. ¿Tardarás mucho?

—Es mejor que no me hagas la cena, amor mío. Llevo mi bolsa de provisiones de emergencia y tomaré aquí mismo un bocado.

—Si es posible —rogó ella —, no tardes demasiado. Estoy perfectamente bien, pero sólo me hallo a gusto cuando te tengo a mi lado...

—Ya lo sé, cariño. Te prometo que trabajaré aprisa...

—¿No quieres decirme de qué se trata, Alan?

—Prefiero no hacerlo, por ahora, querida. Mañana tendremos tiempo para charlar de todas estas cosas. Acuéstate temprano y no olvides de desconectar la ventilación con el exterior. Empieza a hacer calor.

—Lo haré, querido.

—Un beso muy fuerte y hasta mañana...

—Mil besos, Alan y hasta mañana. Oye una cosa...

—¿Qué quieres?

—¿Y el chiquitín?

—¿Te refieres a Toby?

—Si. No lo habrás perdido, ¿verdad?

—¡Qué cosas dices! Está aquí, a mi lado.

Se volvió, al tiempo que llamaba al animalito.

Se le erizaron los cabellos, al tiempo que el corazón empezaba a latirle a un ritmo precipitado, loco...

—¿Le ha pasado algo a Toby? —inquirió la voz de su esposa.

—No..., querida; absolutamente nada. Es... que no le vela con la oscuridad y se había ocultado junto a los aparatos...

—Dale de comer y no tardes mucho.

—Está bien, Lucy. Hasta luego...

Cortó la comunicación.

No volvió a mirar al perro porque, en realidad, no había separado los ojos de él; dos ojos muy abiertos, tremendamente abiertos por el terror.

Porque Toby, el «cariño», como lo llamaba Lucy, SE ESTABA PARTIENDO EN DOS. Ya, la mitad posterior de su cuerpecillo era DOBLE; tenía DOS MITADES. Y al verse mirado por su dueño, Toby, «cariño», MOVIA SUS DOS COLAS y, al girar, se le podía ver LAS CUATRO PATAS POSTERIORES, demostrando que se estaba partiendo en DOS...

IV

La sangre se le heló en las venas. Se le heló, a pesar de que el calor era ya sofocante y la oscuridad completa. Orientando el haz luminoso de su linterna estelar hacia las vecinas «rocas».

¡Todas ellas se estaban dividiendo y las fisuras, que les partían en

dos partes iguales, avanzaban triunfalmente.

Ahora lo comprendía todo.

Aquel calor, tan extraño como nocturno, debía regir la vida del planeta y era, sin ningún género da dudas, una especie de monstruosa primavera qua daba la señal para que todo lo que había de vivo se duplicase, se multiplicase.

Pero, ¿qué tenia que ver aquello con el perro?

Iluminó a Toby y observó, con horror, que la división le llegaba ya hasta el cuello.

¿Cómo podía haberse producido aquel extraordinario fenómeno?

Pensó que no habla más que una explicación: que Toby habría comido un trozo de la «Roca» y que la materia de la «roca» había, al formar parte de la del perro, seguido la ley de la primavera del Planeta Azul.

Embriagado por el tremendo problema biológico que planteaba lo ocurrido al pekinés, siguió investigando, tomando porciones de sustancia y eligiendo de las de cerca de la fisura, que ahora llegaba ya casi al suelo.

El calor era insoportable...

Poco a poco, sin darse cuenta, sus movimientos se fueron haciendo más lentos hasta que, sin apercibirse casi, cayó primeramente de rodillas, se inclinó luego hacia atrás y cayó, profundamente dormido.

V

El sol de aquel sistema lucia ya sobre el horizonte cuando Alan despertó.

Se alarmó al ver que se habla quedado dormido y pensó que debía llamar inmediatamente a Lucy para que no se alarmase. Pero, al comprobar que ella no habla hecho uso del transmisor para preguntar los motivos de su tardanza, llegó a la conclusión de que debía seguir dormida —nada raro en su estado— y creyó más conveniente no asustarla, despertándola bruscamente.

Estaba echado sobre el lado izquierdo y cuando abrió los ojos, mientras pensaba en Lucy, no se dio cuenta de nada; luego, al tranquilizarse, vio que Toby estaba echado, no lejos de él y dormido como una criatura.

Recordó lo acontecido la noche anterior.

Estuvo a punto de lanzar una sonora carcajada.

—¡Vaya pesadilla más estúpida!— dijo en voz alta.

Se incorporó, íntimamente contento y miró hacia las rocas, notando en seguida que las FISURAS HABIAN DESAPARECIDO.

—Ha sido un sueño —se dijo.

Sintió hambre y pensó que lo mejor sería regresar a la astronave, preparar un suculento desayuno y despertar a Lucy para relatarle toda la loca fantasía que se le habla pasado por la cabeza la noche anterior.

Se volvió para recoger sus aparatos.

¡¡¡NO!!!

Era demasiado horrible para que pudiese ser cierto. Y, sin embargo, allí estaba la prueba clara de que no se habla equivocado, de que no había sufrido pesadilla alguna…

El OTRO TOBY ESTABA ALLÍ; pero, para que la cosa fuese más terrorífica, para que la locura se hiciese más posible en su febril cerebro, OTRO ALAN WERTON ESTABA ALLI, junto al duplicado del perro, Y DESPERTANDOSE EN AQUELLOS INDECIBLES MOMENTOS.

Alan contempló con terror a su «doble», en todo idéntico a él mismo, experimentando una sensación de pánico tan incontrolable, que tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no correr hacia la

astronave, cerrarla cuidadosamente y poner en marcha los potentes reactores atómicos, alejándose de allí a la mayor velocidad posible.

Su «doble» se había levantado y le miraba CON MUCHO MENOS ESTUPOR QUE ALAN PODIA ESPERAR.

—¿Quién es usted? —inquirió tímidamente el verdadero Alan.

El otro no contestó por el momento; después, lentamente;

—¿Por qué ha venido a NUESTRO PLANETA?

Alan se pasó la mano por la frente. A pesar de que la temperatura del planeta habla descendido ciertamente, el hombre encontró que la piel de su cara estaba ardiendo...

—Yo... —balbució.

Pero el otro no le dejó hablar.

—Voy a coger los aparatos y regresaré a la astronave.

Al hombre se le pusieron los pelos de punta.

—¿Qué va usted a regresar a la astronave? ¿Con qué derecho?

Tampoco el otro le hizo caso e inclinándose, empezó a cargarse los aparatos. Después, mientras Alan le miraba como petrificado, el «otro» llamó al perro:

—¿Vamos, Toby?

El pekinés que estaba a su lado se acercó a él moviendo alegremente el rabo, pero el otro, el que se había despertado junto al verdadero Alan, se acercó a éste y gruñó, enseñando los colmillos, hacia la pareja que se alejaba.

¡Habla, pues, DOS TOBIES, completamente distintos, de la misma manera que existían DOS ALAN DIAMETRALMENTE OPUESTOS, a pesar de su semejanza física!

¡Y era Él EL VERDADERO!

Algo estalló en el interior de su alma y al pensar solamente en que aquel DESCONOCIDO iba a la astronave, donde SU LUCY ESTABA SEGURAMENTE DURMIENDO, le hizo lanzar un grito ahogado.

Corrió en pos del «otro».

Antes de llegar a su altura y fiándose en la menor gravedad de aquel planeta, se lanzó, en una plancha de cerca de quince metros, cogiéndose a las piernas de su enemigo.

El «otro» cayó de bruces.

Pero, cuando logró deshacerse de los aparatos, se volvió rabiosamente hacia Alan y una lucha fantástica empezó mientras los dos perros, ganados por la mortal animosidad de sus respectivos dueños, peleaban también salvajemente.

Alan se percató, a los pocos momentos, de que el «otro» ara más fuerte que él. Indudablemente, «pertenecía más a aquel planeta que él mismo» y aquello, junto al haber nacido hacía pocos minutos, le debía dar más fortaleza y habilidad.

No por ello decreció su valentía.

Luchó desesperadamente, prohibiéndose, mientras daba y recibía golpes, pensar en lo horrible que sería la llegada de aquel MONSTRUO a la astronave, en la que la inocente Lucy, ignorante de todo, le esperaría con los brazos abiertos.

Varias veces, cuando tuvo ante él el rostro del «otro», Alan se preguntó si no estaba volviéndose loco. Porque, por mucho que razonase y que INTENTASE COMPRENDER que su enemigo había surgido al dividirse su propio cuerpo, en la fantástica primavera de aquel astro, no dejaba de aterrorizarle el dar de puñetazos A SU PROPIO ROSTRO, el hundir las uñas EN SU PROPIA CARNE…

Finalmente, el «otro», en un movimiento de fortuna, consiguió apoderarse de uno de los aparatos que yacían en el suelo e instantes más tarde, golpeaba brutalmente al verdadero Alan, atontándole por completo.

VI

Al abrir los ojos, Alan se sintió tremendamente cansado y aquello le ayudó a recordar rápidamente cuanto habla acontecido.

Se puso en pie de un salto y un escalofrío le recorrió la espalda. Con los ojos desorbitados lanzó una penosa mirada en derredor suyo.

El cadáver de Toby yacía unos cuantos metros más allá.

La Imagen del pobre perrito le trajo, súbitamente. la de su esposa, la de la astronave y la del «otro» que debía dirigirse hacia allá, seguido del repugnante doble del pekinés.

Lanzó un grito de horror...

Por un momento, sus pobres piernas, paralizadas por el pánico, se negaron a obedecerle; después, haciendo un esfuerzo que le arrancó un lamento de desesperación, echó a correr hacia la astronave, presa de la mayor angustia que jamás había experimentado un ser humano.

Ahora, a medida que iba comprendiendo todo lo sucedido, el horror era mayor que cuando la ignorancia le Impedía sospechar lo que de fatal podía resultar de todo aquello...

Cogidos por el ambiente especial de aquel maldito problema, en el oportuno momento en que se desarrollaba la monstruosa primavera, Toby y él habían sufrido, al igual que las «rocas», que eran la forma celular gigantesca de aquel mundo, un fenómeno de «división», que regia la reproducción elemental que allí reinaba.

Naturalmente, al dividirse su cuerpo, como el del pobre pekinés, habla habido algo que resistió a la «partición»; en el caso del perro, la especial idiosincrasia del animal; en su caso particular, el alma que el OTRO no habla podido quitarle.

Su alma se había quedado con él, y el OTRO, aun pareciéndose al verdadero Alan como una gota de agua a otra, poseyendo su mismo cerebro, sus mismas ideas, sentimientos y recuerdos, ERA UN HUO

DEL PLANETA; un ser monstruoso y SIN ALMA…

Al ver la astronave, desde la colina a la que habla llegado, Alan sintió que los ojos se le anegaban de lágrimas. Y se detuvo un solo momento para desear, con toda la fuerza de su corazón, que el OTRO no hubiese llegado hasta allí, que se hubiera perdido o que Lucy, a pesar de TODO, se hubiese dado cuenta de la superchería.

Corrió alocadamente.

Al llegar a una docena de metros de la astronave, vio con terror que la larga escalerilla que conducía a las cabinas, SE RECOGÍA automáticamente. Dio un salto, intentando alcanzarla; pero, desdichadamente y olvidando la menor gravedad del planeta, pasó lejos de ella para ir a caer al otro lado, sin haberla siquiera tocado.

Se acercó a la astronave y gritó el nombre de su esposa con toda la violencia de su desgarrador dolor.

—¡¡LUCY!!… ¡¡LUCY!!…

Dio nuevamente la vuelta para ver si podía verla a través de algunos de los ojos de buey que correspondían a lo que ellos llamaban «habitación de dormir».

¡La vio de repente!

Un frió de muerte le penetró hasta los huesos.

Estuvo a punto de perder la razón.

Porque, perfectamente visible, a través del «plexi» transparente del ojo de buey, Lucy le miraba, con los ojos arrasados por las lágrimas Y CON UN NIÑO EN LOS BRAZOS.

¡Había nacido!

No sabia si experimentar gozo, dejándose arrastrar por la corriente de alegría que le inundó inesperadamente o morderse los puños de rabia al prever lo que podía ocurrir de un momento a otro.

Desapareció la mujer con el niño y Alan dio nuevamente la vuelta alrededor de la astronave, porque estaba seguro de que Lucy se dirigía

hacia la cabina superior.

Cuando miró hacia arriba, estuvo a punto de desmayarse.

¡ÉL ESTABA ALLI!

¿Solamente él?

¡No! Estaba también ella...; es decir... ¡ELLAS!

¡ELLOS! y... ¡LOS NIÑOS!

No le cabía ya la menor duda. Lucy, cansada, debía haber olvidado desconectar el «ambientador» con el exterior... Y LA MONSTRUOSA PRIMAVERA DEL PLANETA AZUL DEBÍA HABER ACTUADO TAMBIÉN EN EL INTERIOR DE LA ASTRONAVE.

El OTRO tenía un brazo pasado sobre el hombro de la OTRA y miraba tiernamente a SU HIJO.

Entretanto, la Lucy verdadera, la SUYA, con el pequeño entre los brazos, el rostro apoyado en la superficie del «plexi» de la cabina, Lloraba amargamente y Alan vela las lágrimas que se escurrían por su maravilloso rostro.

El hombre gritó, suplicó, se hincó de rodillas y se dirigió al otro con toda clase de aspavientos y muecas. Luego, cuando la OTRA PAREJA desapareció, se dejó caer de bruces, sollozando como un niño.

Repentinamente, un chorro de fuego salió de las toberas y casi al instante, con un desgarrador aullido, la astronave se elevó en el espacio.

El alarido de Alan fue infrahumano.



El hombre se levantó, como idiotizado, con los ojos fuera de las órbitas. Miró estúpidamente hacia el punto flamígero que se perdía en el cielo y se volvió, hacia las «rocas», con paso lento, cansino, incapaz de pensar ni concebir nada: como una célula; como una de las gigantescas células, en forma de rocas, PARA ESPERAR LA PRÓXIMA PRIMAVERA MONSTRUOSA QUE HARIA NACER SOBRE EL PLANETA AZUL OTROS ALAN TAN DEFINITIVAMENTE LOCOS COMO ÉL…



Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos